

“Cartas del Norte”

Elena Auguet

La Patria

Ese lugar donde no estoy

Fernando Pessoa

Aquella mañana Tomás y Josefa recibieron la noticia como un mazazo en la

Habían criado a su única hija con toda la libertad. Estudió, viajó y vivió donde ella quiso. Lo de hoy sería uno más de los impulsos que más adelante marcarían

z2 todas las acciones de su vida. Era criteriosa y sabía usar la libertad.

Siempre quería un paso adelante, nada la conformaba. Muchas veces había comentado al pasar que haría un postgrado; pero para realizarlo sólo había dos caminos: viajar al exterior pagándose el estudio o ganar una beca. Evidentemente, al contar los centavos de sus bolsillos, no le quedaba otra que intentarlo por medio del estudio. ¡Y vaya que lo había intentado!, pero a escondidas. De sus luchas, intentos y horas robadas al sueño, sus padres no se  
-¡Papá, mamá, me voy a Canadá! ¡Gané la beca!

Impenitente trotamundos, viajera de caminos imposibles, la noticia la daba con alegría pero también con determinación.

Corrían tiempos difíciles, por entonces, en el país; estaba cayendo la dictadura militar y ni aún así se respiraban aires libertarios.

La prensa toda, amordazada. Sólo se destacaba el orden y la limpieza. “El país marcha con su engranaje aceitado” –decían. Poco pelo largo se veía en los colegios o fábricas y hasta en la Universidad, ámbito de vanguardias y rebeldías.

Lenta, muy lentamente, algún político aparecía desde su exilio, aquí o allá algún gremialista se dejaba ver; y los partidos políticos, que habían sido desbaratados, tímidamente comenzaban a reagruparse.

El boca a boca era diferente. La patria toda se había visto desmantelada de miles de personas: políticos, curas, militantes de diferentes ideologías y sobre todo estudiantes.

Todos los días se sabía que alguien ya no estaba.

Cecilia no militaba en agrupación alguna, pero como socióloga estaba harta de la policía con o sin uniforme, a los que detectaba “hasta por el olor”.

Prudentemente, junto a sus compañeros de Humanidades, aumentó las precauciones, tanto en las calles o aulas como en sus propias casas, ya que irrumpían con allanamientos a la más mínima sospecha de subversión –como la “cana” denominaba cualquier idea opuesta a ellos.

A sus padres, gente ingenua, chapados a la antigua, les costaba ver las feas realidades del país. Josefa, la madre, mujer sencilla, de las que tejen al crochet mirando la telenovela mejicana, sólo veía el mundo a través de los ojos de su hija.

Don Tomás, empleado público tradicional, gastaba sus horas y su energía en la oficina gris, mirando la vida gris a través de los cristales grises de la ventana. ¡Y sus rosas! –toda su pasión.

Desde su reducido universo nunca notaba las calamidades que rugían afuera. Timorato, conformista, sólo se encendía su mirada cuando veía a Cecilia. Vivía y moría por ella.

Desde muy niña, cuando la habitaba la inocencia y él le contaba cuentos, hasta hoy, hecha mujer por sus afanes. Cecilia, conocedora de los malos aires que circulaban en el país, los prefería así, simples, puros, sin malicia, y que no profundizaran demasiado en los rumores que agobiaban al resto de la gente.

Realizó trámites, papeleos, pasaporte, conexiones con Canadá, y sus padres, pese a su cortedad y sabedores de que se les iba la mitad de su vida con esa hija valiente y emprendedora, no se permitieron un instante de desaliento.

Todo sacrificio era válido por verla feliz.

Llegó el día. Deseado y temido.

Josefa y Tomás no fueron a Ezeiza. Decidieron despedirla en la terminal de su ciudad y acabaron separándose dentro del coche, frente al micro que se la llevaba.

Cecilia, inconscientemente, se llevó el reloj pulsera al oído, para saber si marchaba. ¡Qué sonido terrible la de aquella pulsación!

Dos largos años la separarían de los seres que más amaba.

El padre había sufrido mucho en la vida, pero nada le había producido la sensación de pérdida que tenía en ese momento.

Josefa abrazó muy fuerte a su hija, mezclando el llanto de la muchacha a su propio llanto; y en un raptó de fortaleza la dejó partir, conociendo su empecinamiento cuando se le alborotaba la imaginación.

Y Cecilia se fue. A toda prisa, escondiendo tras la bufanda, la palidez de su cara. Y la sal de sus lágrimas corriendo por las mejillas.

Tan, pero tan queridos, papá y mamá:

Recién acabo de hablar con ustedes, ¡qué lástima que somos pobres! Sería hermoso darnos esas grandes charlas, como lo hacíamos en La Pampa. Ya volveremos a estar juntos. Necesito decirles esto y decírmelo a mí misma para darme fuerzas. No sé llenar las ausencias.

Todos dicen que uno nunca deja de extrañar, pero quiero ambientarme y me he propuesto una meta: deberé elaborar el lento derrame del desapego. No quiero angustiarme porque es muy fuerte lo que siento: la familia, los amigos, la comida y la tierra son nada más y nada menos que lo que me falta. Sin embargo, pese a la ausencia de afectos, todo es nuevo y placentero. ¡Qué contradicción!

Con el idioma me manejo muy bien, pero a cada paso hay algo diferente: las puertas se abren hacia fuera, las llaves cierran a la izquierda, uno se pesa en libras, las distancias se miden en millas, en fin, otro mundo.

Viajar en subte es un camino hacia lo desconocido: mujeres griegas vestidas de negro, hindúes de turbante, negros, chinos, árabes, mejicanos con sombreros de luces. Se escuchan lenguas desconocidas o se sienten perfumes exóticos. Una impagable experiencia.

Isabel es mi compañera de departamento, muy cordial y educada, como todos aquí, sus padres viven a dos horas de Montreal y sospecho que deben tener dinero porque viajan por todo el mundo. Tendremos en común el estudio y la responsabilidad en la universidad.

Nos levantamos a las 8:30, desayunamos fuerte: café, queso, miel, cereales y natilla, la nueva adquisición, con pan de centeno. El de trigo es caro y escaso. No almorzamos, pero a las 17:30 regresamos de la facultad y cenamos cuando aún es de día. Hoy comimos “gallo pinto”, comida típica de Costa Rica, que cocinó Albino, nuestro compañero de estudio, con cerdo, frijoles, arroz y salsa picante.

Quisiera de un plumazo contarles todo lo que veo, lo que siento, lo que admiro.

También me admiran. Ponderaron mis alpargatas, mis carteras de cuero, el suéter de lana hilada. Lo artesanal gusta mucho.

Las mujeres de la universidad no le dan importancia al vestuario, no se depilan, no usan corpiño, ni tacos, hombreras o maquillaje. Su esfuerzo lo vuelcan en el intelecto. Estudian todo el tiempo. Y en vacaciones viajan a otros países para aprender sus idiomas. ¿Será porque viven casi siempre encerrados por el frío? En el Caribe no podría estudiar en la playa y con música salsa en los oídos. ¡Imposible!

Antes de despedirme quiero compartir con ustedes una fiesta en el campo. Nos invitaron amigos de Isabel. En la frontera con Estados Unidos. Nunca vi tanto confort; los dueños son profesores universitarios, cálidos y divertidos.

A la noche, nos reunimos junto al fuego en que cocinaban un cordero a la manera de Nueva Zelanda (nunca tan rico como el que hace papito darling). Al pasear por el parque descubrí el nuevo cielo con la Osa Menor, la Osa Mayor y sentí desolación ante la ausencia de la Cruz del Sur. Allí dimensioné la distancia que me separaba de mis afectos.

Entre mis amores y yo, siempre hay huecos, y las cartas son un bálsamo para las “morriñas”.

De último, son huellas que va dejando mi espíritu por el camino y a veces, se precipitan como aludes. Los recuerdos son mis dueños, me mantienen viva, están fundidos en mi sangre.

En fin, fue una elección de vida. Uno es un animal en búsqueda permanente de hallar un lugar único.

Pronto volveré a escribirles. Quiero que sepan que los extraño mucho, no saben cuánto.

Y los amo. Siempre de ustedes.

Cecilia

P.D.: Isabel me preguntó si son tantos los desaparecidos en Argentina ¿?

\*\*\*

Temblorosa se movía en las manos de Rosa la carta de Cecilia con todos los abrazos adeudados, aquellos que tuvo que reinventar luego de la despedida.

Le excitaba el escozor de las cartas, tan lejanas. Su niña ausente, único estímulo a esa altura de su vida, a la que le costaba ver como una mujer; la que partió lejos buscando acomodo en la vida.

Era una muchacha fresca que iba de frente imponiéndose objetivos. Muy de costado le había tocado el amor, casi fugazmente. Uno que otro noviecito como al pasar sin dejar huellas o dolores importantes.

Arreglaba las cosas del alma directamente con Dios, habiendo perdido la malicia de los grandes pecados.

No concurría a la iglesia, mas no por considerarse en contra, sino porque cumplía con los preceptos ampliamente, sin horarios ni misas en medio. Venía de un hogar donde todo necesitado que llamó a la puerta, salió con algo para comer en la mano, y donde conscientemente jamás se le haría daño a nadie, pero de su vida había borrado los remilgos y las apariencias.

Leía Rosa en voz alta, compartiendo las noticias con su marido, hasta que en algún párrafo se le estrangulaba la garganta y debía esperar que aflojara el nudo para continuar.

-Dice que nos quiere mucho y nos extraña. Está contenta. ¡Aquello debe ser tan lindo!

-¿Qué dice aquí, Viejo, de los desaparecidos? ¿Qué desaparecidos?

El viento juega a las escondidas entre las rosas de Tomás, que, tijera en mano, limpia de hojitas secas, yuyos, ramas muertas, su tesoro máspreciado: sus rosales. Luego de Cecilia, por supuesto.

Cultiva grandes variedades, desde la blanca pura, la té, trepadoras, aterciopeladas, altas y enanas, púrpura y carmesí, hasta las más sencillas y silvestres.

Ya dejó de ser un pasatiempo para después de la oficina, es toda una pasión. Y él tiene magia en sus manos.

Mientras las cuida, oye la carta de Cecilia.

-Algo dicen siempre en la oficina, que alguno había desaparecido –le comenta a su mujer.

-Pero uno nunca sabe qué hay de cierto. Si metieran presos a todos los melenudos, no les vendría mal, parecen mujeres. Pero ¿desaparecidos? No, no oí nada...O mejor dicho, sí. Hace un tiempo, Gauna, el del fichero, dijo que se habían llevado a un sobrino y no lo encontraban en ninguna comisaría, pero como ese es medio zurdo no le hice caso. Lo mejor es no meterse con esas cosas.

Impávida, Rosa, sigue con la carta que llegó del Norte.

Septiembre 18

Mis amados viejitos:

Comienzo a escribirles mientras estoy mateando con Yerba del Supermercado “El Gauchito”, unos porteños que venden dulce de leche y hasta vinos riojanos, mientras escuchan a Leo Dan o Antonio Prieto. Todo es más caro que allá, pero cuando se está lejos de su tierra, hay que gastar y pasarla de puta madre, como dicen los gallegos, porque los sacrificios son para cuando uno tiene todos los afectos.

Cuando recién llegué vivía en zozobra, temía equivocarse las palabras, usar mal los aparatos, me cohibía la tecnología; abrir las puertas al revés, a hurtadillas espiaba lo que hacían los demás. Lo cierto es que van pasando los días y, a pesar de las nostalgias del sur, el norte me va atrapando.

Soy yo misma contándome un cuento, un yo misma al que entro y salgo, de la realidad a la fantasía. Lo cierto es que todos los fines de semana tenemos fiestas, algunas hasta en las propias casas de los profesores, les llaman reuniones étnicas, donde cada uno lleva comida típica de su país. Yo debía llevar, este sábado, empanadas. Obvio, pero no sé amasarlas y aquí no se venden tapitas. Solucioné el inconveniente con milanesas. Una muchacha china se las devoraba y en un inglés dudoso me decía: -¡Qué cosa tan exótica! Probé allí la comida marroquí, con mucha canela. Un manjar.

Comenzó a animarse la fiesta con la llegada de Javier, un uruguayo, y su esposa canadiense, que, sentada al piano, acompañaba al marido con tangos del arrabal. Me avergonzaba no saber las letras y la canadiense sí. Luego, otras personas, cantaron boleros y hasta canciones muy viejas en inglés. Una noche muy agradable. Ya tengo un grupo con el que me siento gustosa.

También en la Universidad. He conocido salvadoreños, cubanos y nicaragüenses. Con ellos he recuperado el abrazo, aquí tan escaso, signo distintivo de nuestros amigos. Necesito un marco para suplantarme mi tierra.

Extraño. De una manera serena, no estoy angustiada; pero recordar La Pampa, la familia, los amigos, es absolutamente necesario, porque son mi punto de referencia. Eso no quiere decir que no disfrute de Montreal. Para ambientarme camino por el Mont Royal, una montaña en medio de la ciudad que ahora está vestida con todos los sepias otoñales, junto a casas antiquísimas y tantas callecitas alfombradas de hojas de arces, coloradas y amarillas. ¡Un sueño!

O recorro Autrémont, un barrio judío bellísimo, donde te cruzás con los hassidiques, ortodoxos en su culto, vestidos de levita y galera negra con patillas enruladas.

Ya empiezo a reconocer a las distintas etnias. Veo hindúes con un pequeño aro en la nariz, árabes de turbante, marroquíes o argelinos; también distingo las lenguas: polaco, portugués, ruso, chino, japonés. ¡Es una torre de Babel tan pintoresca!

Los canadienses no son racistas; aquí se ven muchos gay y también lesbianas vestidas de hombres. Con lo que me gusta la diversidad, Montreal es un escenario para instalarse a observar.

De todos modos, como “ningún lugar es un paraíso”, también hay problemas sociales, desocupación, cierre de industrias. Tal vez a mi edad pueda analizar todo equilibradamente y no me vaya de boca porque haya cientos de shoppings o te puedas comprar ropa más barata.

Afortunadamente, en este gran mosaico que va desde el barrio de casas victorianas hasta nuestra bella callecita pintoresca, con sus fachadas de colores y escaleras de hierro, mi vida transcurre más que agradable.

Acabo de recibir una foto de una compañera de Santa Rosa, con la vista de la laguna Don Tomás, y un monstruoso asado en primer plano. ¡Qué hermoso! No imaginé nunca emocionarme con algo tan cotidiano.

Aquí, en lugar de un asado, me recibieron, en casa de unos amigos, en medio de nogales, arces y abedules, con caviar y salmón; con razón la gente paga tanto por esas mierditas símil cagaditas de oveja versión manjar.

Les cuento, también, que el domingo por la noche salimos a caminar con Albino e Isabel y, al pasar por un bar, oímos ruido de bongó y tamboriles; nos detuvimos a mirar por la ventana y vimos a un muchacho negro llevando el ritmo con una maraca. Con señas, nos invitó a pasar. Comenzó a contar una historia, entre enigmática y romántica. Se trataba de un bar de senegaleses y esa noche era su fiesta. Cada uno, con su tambor,

tocaba una danza ancestral, que los transportaba a sus aldeas, a esa tierra que habían dejado pero a la que ahora volvían. Ya no estaban con nosotros, sólo sus cuerpos habían quedado, de los que emanaba un ritmo natural como la respiración.

Tomamos un café exquisito y, terminada la función, -¿o ceremonia?, regresamos a casa; tal vez con la insatisfacción de sentir que había algo que se nos escapaba, que a ese mundo mágico y ritual no podíamos acceder totalmente con nuestra “elevada y sagrada cultura occidental y cristiana”, tal vez por tantas trabas ancestrales. ¡Mamá! Cómo hubieras disfrutado. Espero poder transmitirles un poquito, al menos, de esa maravillosa e inolvidable experiencia.

Dejo para el final lo que más me ha impactado desde que llegué. Les cuento que, Gabriela, amiga de Albino, una costarricense, nos invitó a comer pupusas: es una masa muy fina y adentro lleva carne de cerdo, fruta picada, porotos molidos y queso, encima de la tapa, repollo y cebolla. ¡Una bomba exquisita! Típica comida salvadoreña. Está exiliada, con su marido, hace mucho. Él es del Salvador. Debieron irse para salvar el pellejo. Esto es bastante común aquí. Nos contó Gabriela, que ella “vivió” a Somoza, el gobierno sandinista, la guerrilla salvadoreña; conoce muy bien Nicaragua y El Salvador. Se refugiaron aquí evitando que los mataran, pero es muy crítica de ambos bandos. Tiene gran sensibilidad.

Ahí fue cuando me enteré que hay miles de argentinos en las mismas condiciones, que se exiliaron en diferentes países. Huyeron porque estaban en las listas negras de la Junta Militar. ¡Y pensar que estando allí no sabíamos casi nada! Lo paradójico es que me enteré aquí, en Canadá, lo que sucede allá. Es monstruoso. No saben lo que me duele y me avergüenza que otras personas sepan más de nosotros, que nosotros mismos.

Los abrazo muy fuerte y con mucha pena

**Cecilia**

Mis amados papá y mamá:

3 de la tarde y ya está anocheciendo. Aquí, 3 grados bajo cero y recién es otoño. Acaba una semana muy agitada. Contrato con el Hospital Douglas, Migración, Universidad, debo tener todo al día y legalizado. Buen trato en todos lados, excepto en el Consulado Argentino. El señor cónsul, un acomodado que hace turismo, con no más de 27 años. Un pedante. En fin...

La compensación: celebramos Halloween en lo de Mónica, una chica cordobesa, casada con John, un francés lingüista, nos recibió vestida con pollera larga negra, boa también negra, peinada para arriba, con un sombrero puntudo –toda una bruja. Preparó *citrovilles*, nombre que acá le dan a las calabazas, y les hacen huecos imitando ojos, boca y nariz. Adentro le pusimos una vela y la dejamos en la ventana. También, en la casa, había fantasmas de adorno y una enorme canasta con golosinas y un tarrito con monedas. Empezaron, de a poco, a tocar timbre, niños disfrazados y cantando, a los que había que darles moneda en una alcancía para la Unicef, y las golosinas para ellos, en una bolsa. Durante dos horas desfilaron chicos, grandes y hasta bebés brujitas, acompañadas por sus padres.

Luego, tostamos las semillas del zapallo y las comimos con el aperitivo. La cena fue jamón ahumado caliente con zapallo dulce, helado y mucho, mucho vino. Es en la única casa en que abunda el vino, aquí es carísimo. Ellos son profesores que ganan muy bien.

Mi reflexión aparte. En nuestra castigada Argentina no tenemos tiempo para esos divertimentos. Nos esforzamos para llegar a fin de mes. En cuanto a las brujas, creo que sí, que hay “caza”, pero no por diversión, precisamente.

De mi trabajo les cuento que comencé con el proyecto de refugiados. Ya tuve una reunión en el Hospital. Tengo que entrevistar familias salvadoreñas, nicaragüenses, guatemaltecas y hondureñas, escuchar el “exilio”. Me ayudará a valorar mi propia experiencia, que fue diferente por casualidad. Pese al desgarramiento de las despedidas es bueno saber que puedo volver cuando quiero. Es duro pero siento que me enriquezco día a día. También, trabajar con gente, no sólo con libros.

Todo aquí es distinto y todo me asombra. Esta semana descubrí una especie de almacén, muy antiguo, se llama “La Vieille

Europe”. Venden miles de variedades de quesos, fiambres ahumados, fruta seca, café de todo el mundo y las especies más variadas que uno imagine. Olores y coloridos. Muy pintoresco.

Las librerías también son muy lindas, aunque cada vez van ganando espacio los shoppings, con luz y música fuerte. Todo lo artificial y automático. Yo, que me resisto a la modernidad, busco lugares especiales. Concurro a una imprenta de un viejito a sacar fotocopias; siempre está manchado de tinta, con un delantal gris. Conversamos de la lluvia o de la nieve. En cambio, las fotocopadoras automáticas me dejan un sabor amargo y frío.

Días pasados cenamos en lo de Martha, una colombiana, que vive aquí hace 5 años, pero conserva su cultura culinaria. Tal vez, ese sea el puente que los une aún a su país, para soportar el desarraigo.

Tomo nota de que, inconscientemente, en cada carta, les mando una receta de comida; tantos manjares, para nosotros desconocidos. En esta ocasión, Martha nos hizo una “bandeja paixa”: unos frijoles con tocino ahumado, tomates, cebollas, pimientos, arroz blanco, una costeleta de cerdo asada con mostaza y patacones fritos (bananas). Una exquisita bomba. Luego, una bandeja con variedades de quesos y tarta de frutilla.

Es hermoso conocer los sabores que prefieren nuestros hermanos latinos, excelente manera de conocer su cultura. Seguramente así, cocinaría Úrsula Buendía.

Ayer vi nevar por primera vez en mi vida. Fue hermoso ver desde mi balcón los “flocons de neige”, todavía no se mantienen en las calles, aún no. Las ardillas corren a sus refugios en los árboles y guardan las nueces o maníes que les arrojan; acaparan para más adelante.

Queridos míos, antes de despedirme, quiero que sepan que, con cada carta que me llega de ustedes, mi día se transforma en fiesta, el eco de sus voces, la risa contagiosa de mamá y la mirada tierna de papá, me llegan al corazón, mezclado con el inconfundible olorcito a asado. Quiero que sepan que “vivo” con mis amores. Esta etapa es muy importante para mí, más allá de mi formación profesional, porque me permite tomar distancia y revalorizar lo que cuenta realmente: esos afectos que llegan tan adentro y que le dan sentido a mi vida. Es bueno saber que siempre están, y que tengo allí un rincón donde descansar del mundo.

Me despido hasta la próxima con un abrazo fuertísimo.

**Cecilia**

P.D.: Esta semana conoceré a un muchacho de Olavarría. Exiliado.  
Obvio.

Rosa teje y teje el interminable crochet con una inmovilidad aparente, externa; necesaria compensación a la tempestad de sus adentros. Comparte el silencio con Tomás, unidos con el pensamiento, asidos a las mismas añoranzas.

Hoy es un día complicado. Tanto, que no tuvo ánimo para mirar la novela, ni tan siquiera resolver el crucigrama, entretenimiento imperdible desde que le llegaron los años sin aviso.

A la mañana, sol de fiesta con la carta de Cecilia; paseos, trabajo, descubrimiento en su nueva vida, comidas con amigos. Una catarata de aconteceres que les hace sonreír, reír o lagrimear, sensaciones dispares que caen raudamente sobre los ancianos, que vuelven a leer y releer las noticias, aún horas después, cada uno por su lado.

Pero lentamente, van notando, que cada vez hay como una idea fija, en Cecilia *¿Qué ha pasado en Argentina con los militares?*

*¿Será verdad esa fábula amarga que ensombrece el corazón de nuestra hija allá en Montreal?*

*¿Qué sabe el resto del mundo que nosotros ignoramos?*

Al mal de ausencia le sumaban hoy la preocupación por esas veladas noticias.

De algo estaban seguros. Ellos no cerrarían más los ojos. Comenzarían ya mismo a averiguar. A sentir y tomar conciencia.

Recordados papá y mamá:

Es domingo, ya de noche, y estoy preparándome para mañana lunes; debo retomar intensamente el estudio y el trabajo; tuvimos un descanso con Albino e Isabel y nos fuimos a Val David, un lugar paradisíaco. Nos hospedamos en un albergue para la juventud, al que me asocié por muy poca plata. Esto permite recorrer muchos países en lugares muy confortables. Los dormitorios están divididos para hombres y mujeres, se pueden llevar las sábanas o alquilarlas, cocinar o comprar comida. Uno se siente muy cómodo y, sobre todo, es muy económico. Regularmente, está lleno de jóvenes que, como nosotros, quieren disfrutar. Hicimos una *randonnée* por el bosque, de 4 horas, con descansos oportunos y pizarras señalando las especies forestales. ¡Lindísimo!

Al regreso, frente a la estufa a leña, oímos muy buena música. También teníamos una biblioteca a nuestra disposición, digna del más exigente intelectual. Entre los libros hallamos a Marx, barrido de todos los estantes argentinos, y me vino a la memoria aquel italiano, ¿Menghini, se llamaba? que era ferroviario y estudiaba a Marx. Les contaba a Albino e Isabel que, en medio de La Pampa, había gente de ese tipo; hoy seguramente viejos o muertos; el recuerdo me despertó el bichito y, si puedo, al regreso estudiaré y recopilaré lo que se leía en el campo antes de la televisión, qué libros circulaban, conectarme, quizá, con viejos lectores, saber lo que representó para ellos la lectura, quiénes los orientaban, sus percepciones...esa gente, tan sencilla y tan sabia. Les aseguro que esa recordación me trajo un hermoso momento.

Esta semana iremos al Museo de Bellas Artes porque traen una muestra de Arte Pop ,de los años '60 y '70, de los artistas más grandes del mundo (Andy Warhol es el más importante). También fui, con Isabel, al Museo de Arte Contemporáneo, donde exponen instalaciones como por ejemplo: un carro lleno de televisores dando publicidad al mismo tiempo, o tambores llenos de agua y adentro televisores con imágenes de personas dormidas o atontadas por el consumo, roperitos metálicos de soldados muertos en la guerra, o mirás por un agujerito y ves gente maltratada y angustiada, sobre todo, negros. Es sumamente original y didáctica. Había chicos de una escuela a los que llevan para concientizarlos de los peligros de

la guerra, la publicidad y el racismo. Me pareció algo muy inteligente, digno de ver.

Sobre mi trabajo con los salvadoreños, les cuento que voy muy bien, pero debí pedir a la supervisora que modificara algunas preguntas porque estaban pensadas para gente de ciudad y los refugiados, en su mayoría, son campesinos; entonces, tienen miedo y cuando va algún entrevistador a su casa, creen que estamos conectados con la policía y “no hablan”. En fin, muchas veces, en el primer mundo, que saben tanto de estadística, les cuesta captar la realidad. Lo bueno es que uno aprende lo que le hace falta y lo otro, se tiene o no se tiene.

Entre los entrevistados, he visto libaneses y argelinos. Es una tarea muy emotiva, porque me permite hablar con las mujeres de las diferencias que encuentran entre su país de origen y este mundo hiper ordenado de Canadá.

Vi a una mujer llamada Samia Hammar, una libanesa, que estaba muy triste porque en el Líbano ella llevaba “una vida de princesa, con mis trajes dorados y los zapatos de tacos infinitos, amigos y fiestas” y asediada por los piropos de los árabes. Acá viste de jeans, aburridísima, y ningún montrealés la mira ni la piropea. Es cosmetóloga y se pinta como Farah Diva, con ojos rasgados de kohl y labios rojos. Pero lo hace para nadie, y eso la entristece.

También entrevisté a una muchacha africana, de Ruanda, que vive con sus tres hijitos negros, preciosos, sola, en un departamento de un monobloque, renga por desnutrición crónica, sin nadie con quien hablar. Es doloroso ver a la gente obligada a vivir lejos de su lugar, sin alternativas de volver. ¡Y tan solos! Me quedé con ganas de traérmelos a todos a mi casa, eran tan lindos, desde la madre hasta los chicos; y estaban tan patéticamente solos.

Montreal ya me parece Metileo, ando por todos sus rincones y en ambientes increíbles.

Me pagan 100 dólares por entrevista, pero descuentan mucho por impuestos. Aquí no se evade ni un céntimo porque vas preso, esto es de una legalidad que da envidia y, aunque el trabajo es duro, se hace muy a gusto porque nadie escamotea nada.

También estoy viendo lo que allí serían las postas sanitarias barriales, me da risa el confort y hasta el lujo que tienen. Cuando debo entrevistar a algún “pobre”, le tengo que dejar mensajes en el contestador telefónico. Las adolescentes embarazadas disponen, cada una, de un departamento que les provee el estado. Vi un documental de las cárceles de

aquí, no se puede creer; la limpieza y lo alegres que son, con plantas y bibliotecas, me impactaron; en fin, un mundo que ojalá tuviéramos allá.

Ayer, venía en el colectivo, y una señora, al cruzar la calle se cayó, el colectivero paró y la ayudó con mucha amabilidad; también he visto que cuando hay personas viejitas las ayudan a bajarse y les dicen: *cuidado, madame* (nada de abuela). Es tan evidente que todo pasa por la educación. Pero para llegar a esto, un niño no tiene que pasar hambre ni discriminación, y acceder a una enseñanza igualitaria.

Cuando llego a casa y comento todo esto con Isabel, ella queda fascinada, todas esas marginaciones más se parecen a nuestro país; a ella la atraen, pero nunca antes había tenido oportunidad, ni siquiera, de enterarse que existían. Yo le cuento lo lindo que es ir a las chacras, en La Pampa, con tanta gente cálida, a comer chorizos secos o un cordero al asador; y le brillan los ojitos de entusiasmo (¿o seré yo la que me emocio?). Esta gente “primer mundo”, que tiene todo resuelto desde que nace, también saben valorar nuestras pobres costumbres. Es verdad que desde el punto de vista, de la formación, Canadá nos supera ampliamente, pero la vida no sólo pasa por el estudio.

Lo mismo me sucede en las reuniones canadienses, con las comparaciones. Son buenos anfitriones, cordiales, pero aburridos, siempre hablan de cosas intrascendentes: marcas de computadoras, o cómo podar cierta planta, eso es muy común acá, hablan sin comprometerse, dosificando. Yo extraño mis amigos, las charlas a fondo que teníamos o riéndonos mucho. Esto nos demuestra que en el norte no todo es perfecto. La que sí es perfecta es mi supervisora. Me exige muchísimo y me corrige hasta los puntos y comas de mi trabajo, pero creo que me tiene confianza. Aquí uno debe esforzarse al máximo, nadie regala nada. Ella es psiquiatra y antropóloga, conocida internacionalmente, en Harvard y en las mejores universidades de Estados Unidos. Por eso es duro trabajar con ella, seguirla no es fácil, pero es la forma de aprender. Ella es un reloj y su mente es un lujo, para conformarla debo esforzarme porque es terrible. Pero al terminar y encontrarme agotada y feliz, comprendo cuánto estoy aprendiendo. Tuvo que reconocer que había hecho un buen trabajo conmigo, pero no tiene límite, me quiere sacar perfecta. Me gusta estudiar y trabajar, pero no en ese estilo tan ascético y puro. Lo que pasa es que todo el grupo de investigación es de altísimo nivel y debo dar lo mejor de mí. La asusto cuando me salgo de la norma.

Siguiendo con el Montreal insólito, les cuento que Albino, con otro muchacho argentino, tiene un programa en una radio

comunitaria latina, en el que hacen reseñas de actividades culturales de la ciudad. Puedo, en medio de merengues y joropos, oír a la Tana Rinaldi, a Eladia Blazquez o a Astor Piazzola con algún tango que aprieta mi garganta. También hacen críticas de cine. Antes de ellos, están los chinos, y después, los griegos. Montreal, como ven, da para todo.

Para el final, como siempre, lo que no quisiera escribir. Conocí a un físico, profesor de Mc Gill, que hace años vive aquí; vino por unos meses, en el '66, y en el interín se produjo “la noche de los bastones largos”, y lo dejaron cesante. Así es nuestra historia, Argentina ha expulsado a la gente brillante. Antes, la universidad, tenía muy buen nivel, sobre todo en ciencias exactas, hasta que llegaron las huestes de Onganía y desbarataron los centros de investigación.

¡¡Cuánta pena y cuántos años tardaremos en curar esas heridas!!

Los abrazo con todo mi amor

**Cecilia**

Tomás se encuentra ensimismado, admirando su rosa de Alejandría, último tesoro que ha obtenido tras mucho esfuerzo. Con sus gruesos guantes de jardinero, la acaricia con la misma ternura que emplearía con un bebé.

Piensa en Cecilia, allá, tan lejos. Volaría hasta ella si pudiera, sólo para abrazarla. Él, que fue siempre sobrio como un anacoreta, tan medido en la demostración de sus afectos, pasando por la vida en un discreto silencio, siente que la necesita, y le hormiguea la sangre por esa hija lejana; aunque intercambien cartas voluminosas con detalles de paseos, comidas, costumbres de aquel lejano país, que se la ha robado un poco.

Esa muchacha, que no tiene capacidad para mezquinos rencores o cariños desteñidos. Es un ser para vivir la vida a borbotones; puede exagerar en el amor o vivir el heroísmo más sublime. Él, como padre, sabe que en este momento está sufriendo por esos acontecimientos que ellos ignoraban.

No sabían de exilios, no sospechaban de listas negras ni remotamente, de gente desaparecida.

Lo invade la impotencia. Pero, siente muy adentro, por primera vez, que no quiere vivir ya nunca más con el corazón sin usar. No sabe qué. Pero algo hay que hacer. Aunque sólo sea demostrarle a Cecilia, y a él mismo -¿por qué no?- que no es insensible.

Ya no será más un tipo frío, congelado.

-Si en cualquier rincón del país, hay un solo ser que sufra injustamente, yo deberé hacer algo. Al menos, enterarme, informarme, saber. ¡Se acabó el manso! Ya no más.

Resueltamente, dejó los guantes sobre la carretilla y llamó a su mujer:

Josefa, voy a la peluquería. Necesito saber. Allí tal vez alguien sepa algo.

Montreal – 21 de noviembre

Mis queridos papá y mamá:

Acabo de hablar con Uds. y aún creo oírlos. Aquí Montreal ya comienza a vestirse de fiesta; vidrieras, árboles, avenidas, todo iluminado, preparado para la Navidad. Pensar que en mi Argentina hay tantas familias pobres que el festejo pasará de largo. Aquí también hay muchos marginales y son más bien pintorescos; bien vestidos, un poco borrachos y te piden plata con un *bonjour madame*, parecen profesores de la Sorbona. La pobreza acá no es de una miseria humana importante, mucha soledad, caras desencajadas. Las iglesias los ayudan mucho. Por la tarde se corren los bancos y allí duermen con calefacción, y les proporcionan ropa y comida caliente.

En nuestro barrio vive gente muy linda. Estoy en plena barriada portuguesa. Hay un viejo bar, auténtico antro viril. Por suerte Canadá no les quitó lo genuino que trajeron. Juegan al mus, chupan, fuman y ven football, piropean a las mujeres ( cosa inaudita por estos lares). Leen el diario de Lisboa y conservan su portugués. Al lado hay una librería antigua, con revistas y diarios de todo el mundo, atendida por un muchacho muy lindo con música francesa donde paso mis buenos ratos. Cuando salgo de la intelectualidad, me divierto viendo a los viejos portugueses discutiendo, tan timberos, y fumando, no se enteraron de que existe la ecología.

Esos contrastes son lo que hacen tan fascinante a Canadá. Mi trayecto hasta la Universidad es muy lindo. Atravieso la ciudad por la Avda. **Sherbrooke**, de este a oeste; a medida que me acerco al oeste sube gente más sofisticada al ómnibus. Se va perdiendo el francés y se habla en inglés. La avenida es toda de arquitectura victoriana de principio de siglo, con galerías de arte y negocios muy *chic*. Atrás, los rascacielos, siempre iluminados (jamás se apagan las luces). El chofer espera que bajes y te dice *bonne journée madame*. A los argentinos nos extraña que nos traten tan bien.

Sigo con las entrevistas a los salvadoreños, conociendo un Montreal insólito. Visité una familia muy humilde, en un departamento arruinado y mugriento, con un televisor gigante, el más grande del mercado; también un equipo de música monstruoso, un “Mustang”, año '70, rojo, en la puerta. Los hijos, con pantalones pinzados, aros y pelo “punk”.

Me dio mucha pena esa transculturización. La señora pidió disculpas por el desorden, porque tenía los tíos, que habían venido de Nueva York. Cuando vi a los tíos me impresioné. Muy morochos, teñidos de rubio, y con anillos de sello. Me pregunté qué hacía esa gente en Nueva York. Muchos trabajan ilegalmente, roban, trafican...De cerca palpé ese primer mundo, escondiendo un costado miserable.

Todas esas experiencias son muy interesantes, como la fiesta a la que fui anoche, de solidaridad hacia Perú, para recaudar fondos para combatir la pobreza. Comimos tamales y tacos mejicanos, una masa finita, que cada cual saca de una canasta caliente y la va llenando con todo lo que hay en la mesa: lechuga, ají, tomate, carne picada hervida en vino tinto; y se le agregan salsas picantes. Por supuesto, terminás toda encastrada. Además de muy ricos, son divertidos. Reímos con las cholitas, que hace mucho tiempo que viven aquí y bailan un carnavalito más osado que en Lima, tipo *Folies Bergés*, levantando la pollera más de la cuenta. Luego, bailamos salsa con la orquesta de Tito Puente. También, en ese desorden se mezclan niños, jóvenes, viejos; cosa impensada para este primer mundo. Los chicos no tienen una “nurse” que deba acostarlos a las 8. Los peruanos, libidinosos, hacían chistes subidos de tono. Otro mundo...

Fui a la fiesta con Yolande, una enfermera de **Abitibí**, habla un francés muy particular, con acento de su región, tipo francés con tonada cordobesa y se divierte mucho con nuestro grupo, porque piensa que la gente de acá es más fría. Yo, por el contrario, encuentro a los *quebecois* muy sensibles, preocupados por el Tercer Mundo, informales, divertidos y muy amplios...no la mentalidad norteamericana. No son racistas. Se enamoran de lo diferente. Ves a chicas montrealesas preciosas, casadas con negros, hindúes, latinos. Aquí la gente tiene su pareja o “su parejo”, sin prejuicios.

Olvidaba contarles que Yolande regresaba de París y se quedará unos días conmigo. Me trajo un paté de “canard”, hecho con el hígado de animal cebado –esas exquisiteces sólo se pueden saborear muy de vez en cuando-. También regresó Isabel, de Nueva York. Eso es lo que me fascina de aquí, cómo la gente puede viajar y conocer. Nuestra geografía nos aleja del resto del mundo, y además, se gana muy poco como para darse esos lujos.

A veces siento un impulso para transmitir lo que siento, que salir de La Pampa fue una necesidad. Volar, ver, conocer, aprender otras lenguas, estudiar, viajar, pero que lo más importante de este gran viaje es poder ver La Pampa desde otro lugar. Rescatar esa espesura

humana de tanta gente sencilla, con tanta cultura, aunque no haya ido a la escuela. Yo le contaba a Klaus, un amigo austríaco, lo que significa un asado: el rito, la preparación, el conocimiento de la carne, “la emoción de asar”, más que comer, yo creo. Él me decía –Qué suerte que eso no se ha perdido. Aquí, en cambio, pero sobretodo en Estados Unidos, los medios de

comunicación, han degradado la especie humana. No hay esa espesura, esa sagacidad, ese sentido común. Creo que sólo la gente híbrida se asimila a otro mundo, olvidando sus raíces, deslumbrados con televisores gigantes o millones de marcas de champú.

Lo que más me gusta de Montreal, de viajar, es conocer otras cosas, otros ritos, ese paté que trajo Yolande, el cine, los barcitos...Eso es muy bello. Pero afortunadamente llevo muy dentro de mí los largos e incomparables atardeceres pampeanos.

Al despedirme, quiero contarles, que conocí por fin a Juan Carlos, el muchacho de Olavarría. Fue muy fuerte nuestro contacto, al menos desde mi corazón, excedió todas las expectativas. Él es un hombre callado y taciturno. Ya hace tiempo que se exilió aquí, y lentamente, va cediendo la dura cáscara de su soledad. Creo que seguiremos viéndonos. Por ahora, sólo habla sin rencor, pero con un profundo surco de amargura.

Los abrazo muy fuerte y prometo una llamada.

Cariños

**Cecilia**

Cada carta que Cecilia enviaba a sus padres, la dejaba blandamente vacía. Le costaba reanudar sus tareas y La Pampa, se adueñaba de su espíritu.

Comparaba, por ejemplo, su situación con la de Juan Carlos. Ella tenía un camino prefijado: disfrutar, estudiar, conocer, y luego regresar a volcar sus conocimientos en su país. Él, en cambio, ya hacía unos años que deambulaba por distintos países, París, Méjico, Canadá...No se integraba, no estudiaba, no le importaba nada de nada. Era un forastero eterno, fuera donde fuera. Un hombre solitario, sin matices, con grandes silencios y de un humor sombrío.

Aunque adivinados, nadie conocía los pormenores de su pena. Pero Cecilia intuía, que era demasiado joven aún, demasiado bello, con sus rubios cabellos y esos ojos verdes de niño triste, que seguramente volvería a vivir nuevas emociones.

En ocasiones, lo encontraba casualmente en casa de Albino, o caminando por el barrio, solitario, en medio de la nada. Educado y cordial, pero distante. Aquella tarde, Cecilia, luego de despachar carta a sus padres, decidió caminar por el Parque **Lafontaine**, ahuyentando las depresiones del atardecer. Estaba sola. Isabel, pasaba el fin de semana con su familia, y no quería alimentar las nostalgias. Se abrigó, con ropa flexible, hundió el ensortijado pelo en un gorro de lana y caminó las dos cuadras, hasta el parque. Empezó a correr para quitarse el frío. Un colchón, de hojas de arce, rojas y doradas, le ponía música a sus pies.

Las ardillas, diligentes, acarreaban comida a sus refugios. Pronto la nieve lo enfriaría todo y ellas entrarían en el letargo invernal; saltarinas y simpáticas, se cruzaban con la muchacha, haciendo placentera su carrera.

De pronto, allí, en un banco, con un libro en sus manos, sin leer, vio a Juan Carlos. Sus codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida, y la frente surcada con marcas errantes, que todos esos años de exilio no habían logrado suavizar.

-¡Hola, Juan Carlos!

-¿Qué hacés aquí, Cecilia?

-Me saco el frío, me despabilo de tanto estudio, y de paso, alejo mis depresiones –respondió risueña.

-Dichosa de vos, que hallaste el modo.

-¡Vamos, Juan Carlos! Hay que hacer un esfuerzo, de última, tenemos las mismas añoranzas.

El muchacho miró a lo lejos, sin responder; sólo hizo un leve movimiento de hombros. Se encerraba en su mutismo, en un ir y venir hacia la nada. Si en

algún momento de su vida, le habían sucedido cosas bellas, las había sepultado en el fondo del olvido.

Charlaron. Del frío, de algún amigo en común, del libro que él tenía en sus manos, y luego de un rato, Cecilia, amistosa, lo invitó a su casa.

-Vamos a mi departamento. Queda aquí nomás, en **Saint Andréé**, te invito con una copa y ahuyentamos el frío.

Juan Carlos no pudo negarse, luego se felicitaría. El departamento era pequeño pero muy cálido. Repisas con libros, fotos, un cuadro del puente de La Polvorilla, postales de añorados caldenes y un balconcito lleno de plantas.

En cada rincón se adivinaba la mano de Cecilia, esta chica a la que casi no conocía, y, sin embargo, lograba estar tan a gusto a su lado.

No supo por qué, pero Juan Carlos, no sólo se reconfortó con el café, el vodka y la amena charla de Cecilia, sino que hasta rieron de recuerdos en común.

Mientras, trocitos de cielo con un sol tímido, muy amarillo y sin calor, les llegaba desde afuera.

De último, decían, Olavarría no estaba tan lejos de La Pampa. Y también, en las afueras de la ciudad, tenía anchas calles, donde los arenales permitían enterrarse, hasta cruzarlas.

-¡Ja, ja!

-Te acordás de las tormentas, esas, de verano, que eran tan ruidosas...No como aquí, que es una mezquina llovizna...

Y recordaban juntos aquellos vientos enfurecidos, con golpes de ventanas, que arrancaban árboles de raíz, desbarataban pueblos y hacían bailar chapas por el aire; aquellos *refucilos* aterradores que tenían belleza hasta en su ferocidad.

Y hablaron, hablaron y bebieron mucho; era una charla tranquila. Cecilia contaba de su tarea con los salvadoreños.

-Me gusta este trabajo –comentó entusiasmada. Aprendo a conocer Latinoamérica con ellos, y a valorar mi propia libertad. A pesar de que en muchos países está regresando la democracia, la gente aún está temerosa. Los milicos les han dejado marcas imborrables. No se les va el miedo.

-¿Alguna vez tuviste miedo? –preguntó Juan Carlos.

-No, no. Nunca me pasó nada, pero tengo amigos que tuvieron que irse...

Luego de decir esto, un pesado silencio cayó sobre ellos.

Por primera vez, desde que partió de Argentina, Juan Carlos creyó que podía hablar con alguien.

Esta muchacha, tan simple, , la última persona que él hubiera imaginado, le estaba tendiendo una tabla de salvación.

Lenta, muy lentamente, entre un trago y otro, Juan Carlos trajo una ristra de recuerdos amargos, residuos de una carrera desbaratada, que los vientos de la dictadura habían hecho añicos. Y le mostró el corazón por dentro. Le contó que trabajaba en un diario, que le alcanzaba para vivir y le acarreaba un consuelo efímero contra el tormento del desarraigo.

Y pudo confesarse y abrir su corazón, luego de tantos años de silencio.

-Sufrió los peores agravios, creeme Cecilia, hubiese preferido enloquecer. Cuando me soltaron, la condición fue que me fuera del país. Mi madre lo logró, viendo a cuanto burócrata, funcionario o coronel la recibiera; ella sola tramitó todo, pasaporte, visa, etc. Y desde la cárcel fui directamente a Ezeiza. Desde el taxi, veía pasar a la gente en una fantasía de robot. Esta vida que llevo no me sirve; mis penas son tantas que me duele en medio de las costillas.

Por momentos callaba y parecía bucear en los territorios vedados de la memoria. Se adivinaba a un ser orillando un abismo.

-El miedo...no sabés, Cecilia, lo que es tener miedo. Oír esos pasos por el corredor, que venían a buscarme. Me llevaban a declarar, una y otra vez. Pasé por todas las jerarquías, me apabullaban, me doblegaban. Algunos eran tipos macizos, otros, retorcidos, o prepotentes...o peligrosamente tiernos; éstos eran los peores. Y seguían los interrogatorios, hasta nunca acabar. O los simulacros de fusilamientos...Creo que ya no hay muerte capaz de matarme.

No, Cecilia, no fue una fantasía; realmente hubo gente, mucha, detenida, desaparecida, asesinada y luego enterrada anónimamente, sin sepultura, o nutriendo las aguas del Río de La Plata.

Los silencios eran largos, la tarde iba cayendo y sus ojos hablaban más que ellos; se estudiaban mutuamente.

La charla transcurría pesada, sin rencor y sin amargura, con un tono monocorde, que disociaba la voz del corazón; era como si Juan Carlos hablara de otro Juan Carlos.

Se fue yendo la luz por el balcón y el clima de confesiones era tan íntimo que ninguno se atrevió a levantarse y encender las lámparas. Se fueron quedando en un murmullo, en la semipenumbra. Juan Carlos, quedamente, confesó: -Tengo una divina borrachera. El dolor era muy grande, los recuerdos, lacerantes, y estos irrepetibles momentos, algo valioso para ambos y a lo que no querían renunciar. Él, en su memoria, sólo recordaba a un zombi que había

perdido la sustancia de la vida, que dejó al garete. Fueron años vividos en un túnel, sin estímulos, sin noticias de amigos, sin cariño, sin nada.

Soledad. La más oscura y despojada soledad. Estaba tan estropeada su moral que ni siquiera alguien lo había atraído sentimentalmente; había quedado demasiado vulnerable como para arriesgarse a una cercanía amorosa.

-No sé qué me pasa, Cecilia. ¡¡ Nunca antes puse en palabras todas mis penas!!

Las confesiones le habían dejado un regusto amargo; era un día muy triste para su corazón pero, a la vez, sentía una paz, como si se hubiese limpiado por dentro.

Y las lágrimas corrían por su cara, lentamente. Luego, fue un sollozo fuerte, compulsivo, abiertas las compuertas del dolor, hasta que tanto llanto ablandó el antiguo bloque y lo envolvió la serenidad.

Cuando pudo hablar, miró directo a los ojos de Cecilia y le dijo:

-Vos lo lograste, me he quebrado. Hacía muchos años que no podía llorar; ni siquiera la picana me arrancó una lágrima. Esto es un milagro tuyo, me siento otra vez un hombre entero. Y te doy las gracias.

Ráfagas perdidas les llegaban de una música suave, que fue sosegando el manantial de su llanto. Por la tenue trama de las cortinas, la luna se fue filtrando en el ventanal; el combate perfecto entre la luz y las sombras. Ellos se fueron acercando lentamente. Eran dos fantasmas al atardecer.

Se adivinaron la mirada y, cohibidos, sus cuerpos buscaron el calor. Él no tomó la iniciativa, sus métodos de seducción habían caído en el olvido. En todos estos años sólo había tenido urgencias de amor; una vez saciado, ni siquiera recordaba el rostro de la mujer de turno.

En algún momento, en la semipenumbra, Juan Carlos hundió sus dedos en la ingobernable mata de pelo negro de Cecilia, con voluptuosidad. Sus labios se encontraron. Naturalmente, su piel y la de ella, se unieron en una conjunción de roces placenteros. La luna los acompañaba, cómplice, desde el balcón. Ninguno de los dos supo, a ciencia cierta, qué les estaba pasando ni se atrevieron a pensar en el amor. En ese momento, sólo se fundieron en ese ventarrón apasionado que los dejó tirados en el sofá, laxos, húmedos, asustados y felices.

Al concluir, Juan Carlos se quedó mirando el techo hasta tomar conciencia de lo que había pasado. Entonces, se levantó, encendió la lámpara y dejó que

la luz iluminara, no sólo la habitación, sino, también su vida. Tomó a Cecilia y la cargó en sus brazos con una conmovedora ternura, como si en realidad la levantara para cruzar el umbral de su casa, si hubiera sido la novia en su noche de bodas.

Un colchón de hojas secas crujían bajo los pies en el lento caminar de Juan Carlos. Pronto llegarían las nevadas que lo cubrirían todo y ya no sería posible deambular por el *Lafontaine*, manos en los bolsillos, perdido en sus senderos y en sus meditaciones.

El sol aparecía y desaparecía, rompiendo la tarde en tramos de luces y de sombras, de sectores helados o tibios, haciendo bailar fantasías por sobre los techos, y él, caminando envuelto en un mismo pensamiento, que al igual que la tarde, le arrima sus luces y sus sombras, suspendiendo el tiempo, adonde no se percibe bien la transición entre el día cada vez más corto y la noche helada y solitaria.

Se niega, Juan Carlos, a creer que la tarde de ayer fue una más en su vida de solitario escéptico. Cecilia ha logrado mover toda su estructura.

Esta caminata, con la que pretendía reordenar sus pensamientos, no lograba, sin embargo, borrar de su memoria conmovida, tantas viejas alucinaciones.

Como cada día lo visitaban antiguos padecimientos, recuerdos de la época más dura de sus quebrantos, que producían cambios abruptos en su estado de ánimo, a los que solía acallar tras un errático peregrinaje. A veces enderezaba sus pasos hacia la *Saint Denis*, recorriendo las viejas librerías o tomando un café en alguna terracita al sol, apenas tibio, de fin de otoño, desde donde se oían ráfagas de música que se deshilachaba en la calle; otras veces caminaba por la *Saint Laurent*, donde comenzaban a verse algunas de las mansiones victorianas, respunteando el recorrido con flores que caían en cascada, desmayadamente, por los balcones; o recomponía fuerzas en las escalinatas del viejo santuario *St. Joseph*.

Mas aquellas antiguas ideas ya eran parte de sí mismo, revolvía recuerdos en su memoria, como quien revuelve trastos en un desván. Violentos dolores, mala comida, torturas en tétricos barracones, empapado bajo la lluvia o calcinándose al sol, junto a decenas de detenidos con el aliento petrificado, compartiendo el miedo a tanto castigo deshumanizado. Aquel hedor de retretes, mezclado con el aliento avinagrado de su rabia, latente siempre en aquellas noches; el rugir de los motores de algún camión tapaba el sonido de las torturas.

Sin embargo, trataba, aunque muy lentamente, de no caer en la autocompasión, que sólo le aportaba una tristeza desflecada y le impedía tener en esta ciudad que lo albergaba cálidamente, una buena vida; permitiendo, en cambio, que la memoria se convirtiera en su propia enemiga, tan perversa, que le traía imágenes indeseables y lo hacían vivir deprimido.

Es por eso que a diario huía de los lugares cerrados, a esa hora cenicienta de la tarde, cuando más le pesaba su pasado y observaba a cada uno de los transeúntes con los que se cruza, imaginando historias, amores, llegando a fiestas donde seguramente los estarían aguardando las personas que amaban. Con estas ideas, al pasar casi lo choca una parejita que venía charlando animadamente.

-¿Y por qué yo no? –se preguntó.

Por qué no imaginar que, precisamente él, había podido encontrar el amor, así, de pronto, sin ningún anuncio del corazón.

Intuía que la tarde de ayer, no había sido una más en su calendario, que, junto con Cecilia, no sólo han buscado la paz de los cuerpos.

Releyó su pasado en esta larga caminata, en soledad, y se sintió, por primera vez en años, acompañado y protegido, con una nueva ilusión de libertad, que le devolvía el sosiego y las ganas de vivir. Comenzó a ver una luz de esperanza en este exilio de ciego.

Cuando tiempo atrás conoció a Cecilia, en casa de Albino –se sonrió al recordarlo- la vio en la cocina tratando de armar unos burritos mejicanos, muerta de risa por su torpeza, y, al tener las manos ocupadas, le acercó su cara para besarla sin inhibición, mientras una parva de pelo los envolvía a los dos. Del encuentro, Juan Carlos salió animado, pero no más que al conocer a otras mujeres. En la charla, luego, comprobaría que esta anónima muchacha, que tiene aprecio por las cosas bellas antes que por las que valen mucho, que ama la gente simple por sobre las exitosas, la que no se doblega por no perder sus valores, que privilegia las ideas a los prestigios, tenía más encantos que los que se veían a simple vista.

Fue y vino con el pensamiento y se dijo a sí mismo que había que tomar el toro por las astas, e impulsado por un ventarrón, enfiló sus pasos hacia el departamento de Cecilia. Necesitaba compartir con ella estas nuevas sensaciones que, no sabía bien si era susto, miedo o felicidad. Pero estaba seguro de que esto que les sucedía a ambos era algo hermosamente irreparable.

Montreal – 20 de diciembre

Mis lejanos papá y mamá:

¡Cuánto los extraño! Sobre todo en estos tiempos de fiestas, cuando el mundo cristiano espera las Navidades y los paganos, las esperanzas del nuevo año. Aquí, las vidrieras están todas muy adornadas, con renos y los Papá Noel móviles, paseando en montañas de nieve artificial. Las avenidas tienen iluminación de árboles navideños y la gente pasa con los brazos repletos de regalos.

Es todo muy bonito, pero no logro olvidar las dos cosas más importantes para mí; la primera es no poder estar con ustedes en estos tiempos, aunque no haya mapas, kilómetros ni espacios que logren separarnos. Ya nos hablaremos antes de Nochebuena.

El otro puntal que llevo en mi corazón es por toda la gente desaparecida, que hoy no puede estar con sus seres amados, sólo por abrazar distintos ideales.

Esto yo lo intuía en la Argentina, pero recién aquí he desmenuzado concienzudamente ese macabro accionar.

Para no amargarlos con mis pensamientos, quiero que sepan que aquí también paso hermosos momentos con muy buenos amigos. A propósito, les cuento que Isabel y Albino me invitaron a conocer un muchacho africano muy interesante, y yo, azuzada por la fantasía, accedí enseguida; esta ciudad no termina de regalarme sorpresas.

Llegamos al barrio, que limitaba con una larga hilera de arces añosos y se perdía en un laberinto de callecitas con fachadas pintadas de colores y las escaleras de hierro negro asentadas en la vereda. En la calle, que hervía como un hormiguero, transitaban personas de todas las naciones.

El departamento, igual a los cientos que habitan los extranjeros con poca plata. Pero al pasar el umbral, me encontré con una casa típicamente africana, pintada de violentos colores, tiestos por el suelo, cortinas con flores y un cuadro de Dakar.

*Ndongo*, que así se llama este hombre, nos saludó ceremoniosamente. Hablaba con la cadencia y la dicción de su tierra. Estaba vestido de fiesta, con las babuchas de seda, ojotas con brillo, un turbante amarrado a la cabeza y un amuleto de sus ancestros colgando de su cuello; en la muñeca, pulseras de cacharritos diminutos, huesitos y piedritas de vidrio. Al caminar, ese entrechocar de abalorios, producía un sonido peculiar que me hacía recordar a la Paula Daktari de mi niñez. En el ambiente flotaba el aroma de los sahumeros y los sonos de una música con fondo de tambores. La comida, que en su cultura se transmite de padres a hijos, por momentos se convertía en ceremonia, tuvo lugar en el suelo, sentados en almohadones sobre la alfombra. En el centro, una paila, con un preparado de pescado, *tiboudin*, acompañado de *Bisop*, una bebida típica. Antes de comenzar, nos trajo una toallita de hilo para lavarnos las manos, ya que la comida se toma con los dedos. De todas formas, Ndongo, muy gentil, nos acercó unas cucharas, sabiendo que en nuestra primera vez estaríamos perdidos.

Todo se hizo en un clima distendido y bromeando; él tiene esa alegría genuina, sin mezcla de otros sentimientos, y nos hizo sentir amigos de veras.

Es arquitecto, y toda la decoración del departamento es modesta pero de muy buen gusto. El reducido universo es un eco de su dueño. Acompañamos la cena con música africana, cuyos sonos, a nosotros nos daban ganas de bailar. Y al pobre muchacho le acercaba los pueblos de sus nostalgias.

Durante la cena, con alguna copa de compañía, se creó entre todos un lindo clima de amistad que dio paso a las confidencias.

Hablaba sin enturbiarse. Nos contó que estaba haciendo un posgrado aquí y en África estaban su mujer y su hijito *Mamadú*. No los verá hasta que finalice. Él tiene una especie de juventud otoñal, ya que

viene de un país pobre donde la gente se cría borrando, continuamente, las mataduras de la vida.

De las ollas escapaban aromas de comidas succulentas y de un bongó brotaban canciones de la tierra, allá lejos, detrás del océano. Esos sabores y esos sones lo llevaban en línea invisible hacia su mujer y su hijito, que quedaron en su país de arenas, a miles de kilómetros de su corazón.

Al llegar el momento de los adioses, con Albino e Isabel, luego de una noche inolvidable, comprobé que nunca antes me había aventurado con una amistad de un lejano país, cuyas costumbres eran tan diferentes de las nuestras y, sin embargo, su calidez, la naturalidad con que nos abrió su corazón, hizo que, desde ahora, tenga el orgullo de contar entre mis más preciadas posesiones, con un amigo senegalés.

*Con todo mi amor, Cecilia*

Enero 25

Queridos y tan recordados papá y mamá:

¡Brrrr chui...! ¡No saben el frío que hace! Sólo me entero por la radio.  $-32^{\circ}$  y mirando desde nuestro balcón. Aquí, mi nidito es muy cálido. Ayer, la sensación térmica fue de  $-45^{\circ}$  porque corrió viento muy fuerte del Ártico. El viento norte es sinónimo de viento helado (hasta eso me han cambiado).

Hace dos días cometí un grave error: debía llegar hasta el Instituto de inglés que queda a ocho cuadras, y me largué caminando; a la mitad del trayecto se empezaron a congelar mis pestañas, duras como palillos, mis ojos, vidriados (se congela el lagrimal). Hasta  $-15^{\circ}$  se puede deambular, pero con menos de  $-30^{\circ}$  es absolutamente imposible. El frío penetra hasta los huesos, a pesar de las prendas de lana hilada, campera, gorro, bufanda y 2 pares de guantes. Me cuentan que este fenómeno sólo ocurre algunos días al año. En fin, otra experiencia... y van...

En el resto de los días se compensa con un cielo muy azul, con una franja incolora, en la que el sol no calienta y hay una alfombra de nieve tan bella. Es muy tierno ver a los bebés, a los que arrastran en trineos, vestidos con ropa impermeable, de colores violentos, tirados con una sogá, muy gracioso.

A los autos los dejan enchufados con cables largos desde su casa para que no se descargue la batería.

Hombres y mujeres usan gorros de piel tipo cosaco, se ponen tanta ropa que nunca se sabe si son unos u otras. Sólo se ven sus ojos.

Estoy viviendo otro mundo, otro tiempo, otra vida. No se me va el embeleso por la nieve. ¿Será porque no la había visto nunca? Criada en medio de arenales, el volar de los cardos rusos allá en La

Pampa, habituada a la sequía de los veranos, o las heladas negras de junio, esto de jugar con nieve en el parque, en época de nuestros veranos, me excita. También el silencio inmóvil de las calles nevadas, me asombra.

Esa blancura que sólo había visto en revistas, cine, o aquellas viejas postales que mandaban los parientes de Europa, no me dejaban muy en claro cuál era la verdadera sensación. Ese abrir la puerta en la mañana y ver los coches desaparecidos tras capas interminables de nieve, caída durante la noche, en silencio, me llena de confusión. Comparando el escándalo de los aguaceros que allá caen en verano, en medio de truenos alucinantes, esto es otro mundo. Y no quieran saber la parafernalia de máquinas municipales, una tras otra, barriendo, limpiando, o recogiendo la nieve de las calles, todo un espectáculo.

Me vuelvo otra vez niña, esto me produce un hondo deseo de disfrutar. Tal vez por la oposición a lo vivido hasta hoy.

Les cuento, y esto también tiene que ver con la nieve, o en todo caso con el hielo. Aquí, en la ciudad, en esta época, todos los años se realizan campeonatos de monumentos realizados en hielo. Vienen escultores de todo el mundo a la competición; artistas de Noruega, Finlandia, Austria, algún mejicano, que, aunque ellos no tienen hielo, se querrá dar el gusto. Les facilitan bloques de hielo de 2 mts. cada uno, en un parque, y deben terminar la obra de arte en 24 hs. Construyen preciosidades, desde un elefante, o trineos con renos, hasta árboles que parecen reales. Son estatuas efímeras, que sólo duran algún tiempo, hasta que el sol las derrite. El público, muy abrigado, desfila a contemplar tamañas bellezas, mientras un jurado premia a los ganadores con jugosos cheques y enormes medallas que les prenden al pecho. Coronamos la tarde en un pequeño restorán y recobramos el calor con un *goulash* húngaro. Guardaré como un tesoro el recuerdo de una tarde de hielo que me regaló Isabel, mi querida amiga canadiense y a esta Montreal misteriosa, no importa cuánto yo conozca de ella, siempre habrá algo que me sorprenda.

Y para terminar con esta fría carta, les cuento que fuimos con Albino e Isabel a la casa de un antropólogo llamado **Bijeu**, a una fiesta muy cálida, contrarrestando el frío exterior. Es un ser magnífico, con una casa muy exótica, con recuerdos de tribus de África, por donde ha viajado permanentemente; bibliotecas colmadas de ejemplares en todos los idiomas. Conocí gente de Egipto, Vietnam, Irán y Perú. La comida que nos hizo, también era africana: un pavo al ajo con jengibre, condimentado con jugo de manzana y azúcar moreno, raro y exquisito. El antropólogo hizo referencia a la cultura africana, precisamente, y a su manera de cocinar. Es un

placer oírlo, con mucha humildad y tanta sabiduría. Cuando pienso en toda la gente que conozco aquí, con tanta solvencia intelectual y comparo con nuestro pobre país donde nos gobernó una señora que sólo pasó por la Pitman...

Basta de quejas. Los abrazo y prometo una llamada

**Cecilia**

Montreal, 15 de febrero

Amados papá y mamá:

Cómo quisiera, hoy más que nunca, estar junto a ustedes, para decirles todo lo que siento, encontrar las palabras: necesito de ellas. Amé las palabras desde que las conocí y pude mezclarlas, batirlas, amasarlas y, con rara alquimia, lograr un relato coherente. Ahora quisiera que no se me escapen para poder producir en ustedes el mismo interés que yo pongo al escribirlas, para que transmitan la transparencia del cristal o el fuego del infierno por el que estoy pasando. Todo este preámbulo es para contarles que: ¡¡"me enamoré!!" Así de simple, de grande y de terrible.

Yo, que crucé el mundo sólo para estudiar, que mi único objetivo era cambiar experiencias en este Canadá multirracial, conocer el Norte para volcarlo en mi trabajo, he aquí que vengo a enamorarme, y de un argentino, por añadidura, algo que no hubiera imaginado ni en mis sueños.

Papá, te necesito, necesito tu palabra calma, esa ternura sabia de tus charlas, no consejos, ya que tenés tanta sabiduría que nunca recurríste a ellos para educarme. Sólo con el ejemplo que me dabas se marcó mi vida.

Mamá, mi alma lejana sigue empapada de esa substancia del auténtico hogar que me regalaste, y hoy, en un momento crucial de mi vida, siento como nunca la necesidad de estar junto a vos, de tener mi hogaza de pan.

Juan Carlos es el dueño de mi corazón. Aquel muchacho de Olavarría que estuvo años preso de la Junta Militar, y, al salir, se exilió aquí.

Lo fui tratando poco a poco. Cuando lo conocí, aún me parecía ver en él, esa palidez extraña de los prisioneros.

Transportaba una indiferencia, como si viera al mundo pasar. Nada ni nadie lo entusiasmaba. Todo él era un límite impreciso entre la cordura y la locura.

A mí me gustó desde que lo vi; adivinaba un ser empapado por múltiples dolores. Tal vez fue eso lo que me sedujo; ya conocen que siempre estoy comprometiéndome con la realidad y conociendo compatriotas que sobrevivieron con heroísmo el horror de esa negra historia de nuestro país, de la que felizmente estamos saliendo, aunque todavía no se pueden medir las consecuencias. Para mí es un gran desafío.

Con lo que no contaba era con el amor.

Cierto día, casualmente, nos encontramos, pasamos horas a solas, y Juan Carlos logró abrir su corazón luego de años de silencio.

Nos hablamos todo, hasta el amanecer. Y como un perro apaleado, me contó los años de cárcel y de penurias injustas, recordó a tantos de sus compañeros que no volvió a ver –seguro estarán muertos, sin sepultura, por ahí- o andarán a la deriva, medio locos.

Sé que Juan Carlos, a mi lado, ha encontrado una tabla de salvación en medio del naufragio. Hasta hoy, un ir y venir hacia la nada.

Sé también, que la tarea que tengo que realizar es titánica. Nada es como deseamos, al menos, no todo permanece bajo control. Hay momentos, luego de divertirnos, de ir a comer con amigos y haberlo pasado muy bien, que entra en un tremendo mutismo. Es ahí cuando debo desplegar mi paciencia, mi comprensión y sobre todo, mi amor, para sacarlo de esos túneles oscuros sin malherir sus recuerdos. Quisiera lavarle los pensamientos, y, lentamente, recuperarlo para la paz, para la vida, y...para mí.

Siento, luego de este poco tiempo de amor compartido, que a Juan Carlos lo he salvado, de todas las formas en que un ser puede ser salvado. Dejé de ser una chica simple que va por la vida descubriendo caminos, para llegar a ser una mujer que piensa y siente en forma profunda y, sobre todo, comprendo el dolor y las inhumanas injusticias que antes miraba y no lograba ver.

Mamá y papá, en este corto tiempo en que estoy sola y lejos, he amasado un poco de la sabiduría que ustedes me transmitieron,

y sé que hay una sola fórmula capaz de servir en un caso así: la verdad y el amor.

Quiero aventurarme, porque presiento que estar al lado de Juan Carlos es una aventura, y la corro por mi cuenta y riesgo.

Esta maldita incompreensión entre los hombres, este mísero mundo que tarda tanto en limpiarse de guerra, de odio, de sangre, es el que me toca habitar y no me achico, trataré de salir triunfadora de esta contienda.

Queridos viejitos, hoy, más que nunca, quisiera hundirme en sus brazos y compartir estos momentos que vivo, muy difíciles, y a la vez, los más felices de mi vida.

Alguna vez leí que a los caminos del amor sólo se los conoce, caminándolos. ¿No es verdad?

Con todo mi corazón. Los extraño.

**Cecilia**

Juan Carlos estaba pasando por un período ambivalente. Por momentos disfrutaba de Cecilia como nene con juguete nuevo. Ese amor recién estrenado le cosquilleaba y trataba de decantar las emociones, limpiando los sentimientos que le tenían encallecido el corazón. Pero ahí nomás cuando más alegre se sentía, en la vorágine de tardes felices, volando sobre el arco iris, amando a esa muchacha increíble, en una fracción de segundo, en el ínfimo tiempo de un parpadeo, volvían a visitarlo los fantasmas con el tormento de sus pensamientos; y pasaba de la euforia al abatimiento. Se quedaba horas con la mirada perdida y el peso de los párpados cubriendo esos ojos ausentes del mundo.

La tortura lo había perseguido durante años. Primero, los años del presidio, compartiendo con su compañero ocasional, al que conoció allí mismo, y que, como él, ignoraba los motivos de la detención. Un casi hermano, en los días de compartir el pan, el sótano, el piso helado y el balde de los orines, sufriendo por su suerte, que era la propia, rogando que no muriera para no quedarse solo. Soportando a tanto militar prepotente, como aquel cabito miserable, apenas una mierdita, que gozaba con la crueldad y cuando más abatidos los veía, más torturaba.

Y hoy, cuando ha comenzado a transitar la ruta de las estrellas, en estos días en que Cecilia le tiende una mano para ir juntos por la vida, es cuando más lo acosan los recuerdos y vuelven las voces del silencio, una y otra vez, sin clemencia. Como en un continuo vaivén, pasa de la euforia y la dicha al más espeso mutismo.

Son campanas que tañen albricias o doblan a muerto.

Son los tiempos, no importa si de sol o de nieve, estos nuevos tiempos en los que Juan Carlos transita por un filo de angustia.

Cada amanecer renace, y cada anochecer, vuelve a morir. Su pena es una llaga que había quedado abierta donde antes tenía un corazón. Pero le urgía extirpar toda esa secuela que lo malhería, si no quería contaminar los momentos deliciosos compartidos con Cecilia, que le estaba tendiendo un hilo que, de a ratos, parecía que se cortaría por lo más delgado.

Había veces en que la atrapaba junto a su pecho y se aferraba a ella para volver a vivir como una persona, que era lo menos que merecía, luego de tantas penurias injustificadas.

La vida estaba en otra parte, y él debía buscar esos caminos.

¿Cómo explicar o explicarse qué sentía, enredando sus dedos en los cabellos de Cecilia? Esa maraña que Dios le regalaba como una umbría boscosa que lo protegía. No una melena ondeada similar a cualquier otra, sino todo un mar orillado de espuma; horizontes de cielo negro estrellado con calores de alcoba. Pelos al viento que se brindaban sin mezquindades, cavernas solitarias, banquetes desmedidos. Cabellera flameante, ondeando victoriosa como bandera de piratas.

Y él era su único dueño.

Y se obligaba a olvidar tantos pesares. Ese revoltijo que le bullía en la cabeza donde se helaban los recuerdos. Decidió firmemente hacer un último esfuerzo para buscar en sus adentros el sitio donde le habían petrificado los sentimientos y poder volver a mirar a los demás de frente, para hacer del pasado algo innombrable, más liviano, e incluso, por momentos, olvidable.

El último párrafo de la carta de Cecilia había dejado en Josefa un dejo de tristeza, más aún, un deseo de hurgar en la gente todo eso que oía veladamente, que imaginaba y desconocía, que le acarreaba nuevos pesares.

¿Dónde desaparecía la gente? ¿Por qué exilios?

Con tanta inquietud, olvidó la telenovela, no pudo resolver el crucigrama, se le derramó la leche en el fuego y, para colmo de males, discutió con Tomás porque, involuntariamente, pisó una rosa al pasar por el jardín.

Sin mayores explicaciones salió a la calle y dijo en voz alta: -Me voy a caminar un rato.

Tenía la sensación de que estaba dentro de un cuerpo que no era el suyo, y debía hacer un gran esfuerzo para no perder la razón.

Caminó sin ton ni son, como queriendo atrapar algo inasible. Y volvió, muy dentro de sí misma, una idea que la golpeaba hacía días. Iría a visitar a Amelia Márquez, aquella profesora de historia de Cecilia. Según contaba la gente, la habían llevado presa hacía unos años, nadie sabía bien por qué. Ahora estaba de regreso.

Tiempo atrás daba historia en el Nacional. Pero historia viva, real. No la que sube a un prócer a un corcel blanco hasta la cima de la montaña, empuñando la espada de salvador, con el uniforme immaculado, sino la que lo baja montado en una mula, o transportado en camilla, con males tan terrenales como la disentería o un ataque de hipo. la historia que señalaba a algún presidente de la nación premiando a encumbrados estancieros con parcelas de tierras en la Patagonia, a cambio de cabezas de mapuches que la habitaban.

Esta historia, real, no gustaba a muchos.

Amelia amaba la historia y la desmitificaba a favor de sus alumnos. Deseaba que fueran seres libres, que supieran pensar por sí mismos, que mañana construyeran un país superior, sin distancias materiales tan aberrantes como las de entonces. Con los pies puestos en la realidad. Que cada cual viviera apasionadamente su propia identidad.

Pero...una noche Amelia desapareció.

Los vecinos oyeron frenadas, pasos fuertes, gritos, Por la mañana sólo quedaba la fragancia caliente de sus jazmines pisoteados y cientos de libros y cuadernos deshechos, por el suelo.

Josefa fue a saludarla. Casi no la reconoció; había encanecido y los surcos de su cara dejaban los sufrimientos a la intemperie.

No habían sido amigas anteriormente, pero el genuino aprecio que Cecilia había sentido por ella, fue la puerta que abrió las confidencias. Al principio, Amelia permaneció acorazada dentro de sí misma, pero poco a poco recobró la templanza perdida y agradeció que esa mujer, sólo conocida, le diera el consuelo de una visita.

Josefa le habló de su hija, de los interrogantes que le planteaba en sus cartas, y de todas las cosas que ella misma ignoraba.

La profesora comenzó a hablar, primero de otros, de cómo montones de chicos cayeron en redadas absurdas, del pavoroso poder de la Junta Militar, que había pasado por la vida de los argentinos como un mal viento. De cómo la libertad del pensamiento estaba preconcebida por la prensa, la radio, la T.V.

Nadie debía cuestionar nada.

Contó Amelia cómo la gente, esa gente aguda que sabía leer entre líneas, pudo detectar las atrocidades que denunciaba algún periodista valiente.

Los *“Por algo será”*. *“¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?”* *“Los argentinos somos derechos y humanos”* *“El silencio es salud”*, estaban cargados de odio contra el ciudadano pensante, o la chica que caminaba con un par de libros bajo el brazo.

Mientras, cientos de personas desaparecían, día a día, de la fábrica, la facultad, el sindicato...

En tanto, ciertas mujeres prometían no sacarse el pañuelo blanco de la cabeza hasta que sus hijos aparecieran.

Amelia, con la mirada perdida y su memoria conmovida, fue abriendo las compuertas de su corazón.

-Saben de nosotros, más que nosotros mismos.

Josefa, desorbitada, no atinaba a decir ni ¡ay!

-Me llevaron aquella noche, acusada de ser correo entre células que yo ni sabía que existieran; estuve varios días tirada en las baldosas; fui torturada y

vejada por aquellos brutos omnipotentes. De vez en cuando, me cambiaban de cárcel, con los ojos vendados, hacía kilómetros sin poder orientarme...Y volvía otra vez a empezar todo. Así pasé 3 años, 2 meses y 9 días, hasta que, todavía no sé por qué, así, como me llevaron, luego de tanto penar, me soltaron. Nunca me dieron una razón.

Habló sin pausa hasta que se le pasó el rencor. Las marcas en su rostro, decían de su agonía.

A Josefa le costó desprenderse a la hora de los adioses. Endulzó el momento con una pizca de buenas maneras. Antes del abrazo final, Amelia, quedamente, le susurró a Josefa una frase esperanzada: “la memoria del corazón borra los malos recuerdos y agiganta los buenos, gracias a ese mecanismo inconsciente podemos sobrellevar el pasado”.

-No se atormente, y trate de ser feliz con Cecilia, que es una buena muchacha.

Josefa caminó lentamente hasta su casa, sacudida por la realidad e invadida de tristeza; no la que sentía a diario por la ausencia de su hija, sino por la niebla que envolvía su corazón, imaginando tantas mujeres con sus hijos desaparecidos. Nunca, hasta hoy, había tenido conciencia del tamaño del drama. Y lloró. Por su rabia, por su impotencia, y por todos los años que vivió con los ojos vendados.

Por aquellos días, con el aire pálido de abril, Josefa decidió viajar a Buenos Aires, visitar una hermana, acudir al oculista de su confianza y alguna otra cosita. El viaje le llevaría un par de días. Necesitaba distraer su melancolía. Tomás la despidió en la terminal, pero ella le ocultó el motivo fundamental de su partida. Sus días se habían convertido en tristeza, se sentía muy confundida. Quería aclarar sus ideas; sin intermediarios, necesitaba atrapar las verdades.

Con motivo de futuras elecciones, la gente, ya algo más suelta, comentaba cosas, acá o allá. Se hablaba que personas –muchas- algunos se atrevían a decir que miles, habían desaparecido; nadie daba cuenta de ellos, nadie sabía dónde estaban, nadie aportaba datos concretos. Habían abandonado las aulas de la universidad, las fábricas, las parroquias...

En tanto, en la Plaza de Mayo, rodeadas de un estruendoso silencio, se paseaba un grupo de mujeres reclamando a sus hijos, misteriosamente desaparecidos.

Se distinguían por un pañuelo blanco atado en la cabeza.

Josefa viajó sólo por conocerlas. Y allá se fue.

Las vio de lejos, como una bandada de palomas. Caminaban lentamente. Les habían prohibido que pararan, de lo contrario se consideraría un mitin; ellas debían zafar de los embates policíacos.

Entre ese montón de nada, también eran tiempos de prohibiciones.

No era un grupo de viejas mujeres, retiradas o jubiladas, esperando su propia muerte. ¡No! Eran madres vigorosas que pensaban luchar por la justicia hasta el último minuto de su vida.

Sólo pedían que “alguien” les respondiera qué habían hecho con sus hijos. Por qué se los llevaron, dónde estaban ahora.

La que hablaba era una señora, no anciana aún, y decía frases sin cesar, algunas incoherentes, otras patéticamente veraces. Era la razón de la sinrazón. Josefa se fue arrimando con timidez, pensó que no se atrevería a hablar con ellas, enredadas entre sí en un solo dolor; como otras personas se acercaban, ella también lo hizo. Sólo escuchaba, alguna de las Madres contaba algo, mientras la angustia le quebraba la voz: “Las medidas se dictaban desde varios frentes, algunas desde ciertos púlpitos, el obispo Cantasino oficiaba de consejero, de los peligros de la carne, consecuencia de todos los males actuales, la Quinta Brigada decidía cuáles debían ser los pilares de la moral, y el Teniente Coronel era quien señalaba con el dedo acusador a los hombres que merecían castigo; por la pegatina de afiches, la panfleteada en una esquina o la moda de usar cartera al hombro y el pelo largo como las mujeres, debían ser encarcelados. Lo mismo que los “gay”, los gitanos y hasta los retardados que afeaban mucho la ciudad ¡Qué tanto! Sólo que después de las razzias, todo les parecía poco y seguían persiguiendo a los que se les pusieran por delante, obreros, estudiantes, embarazadas...

Esa plaza se reducía a un pequeño universo que se llenaba de anécdotas terribles, un eco casi imposible de comprender. Esos rostros crispados, esas valientes mujeres masticando su bronca, llevando en sus espaldas un mal desmesurado, inauguraban una nueva forma del dolor, sucedido en cualquier esquina del pasado reciente.

Esa era la tarea de las mujeres de pañuelo blanco. Esos pañuelos eran la única arma con que contaban para concientizar al mundo de que miles de jóvenes habían desaparecido, tal vez, sólo por amar la libertad o admirar a la Negra Sosa, el Che o los Quilapayún.

No era fácil para ellas transmitir a la gente común, acontecimientos que no se publicaron en los diarios, ni se vieron en la televisión; la única ayuda era que las conocían en otros lugares del mundo.

Cada Madre recordaba su historia personal, cómo habían sido las redadas, los allanamientos, las confiscaciones, la quema de libros.

Evitaban reducir la realidad a la nada.

Luego de dar su testimonio, cada mujer quedaba rígida, vacía, con un silencio despojado del hoy, inmersa, quizá, en el recóndito pasado.

Josefa, desconcertada, no llegaba del todo a las orillas de las historias. Para ella fue un tiempo que pasó sin tiempo, una nebulosa que se contaminaba con el horror, como una obscenidad macabra.

Comprendió que ese día le habían abierto los ojos, había visto algo que no había que ver, que siempre se había negado a ver.

Aquellos comentarios alguna vez los oyó, pero los había colocado en su memoria como en falsos cajones, para justificar su ceguera.

Cruzó la plaza ensimismada, con sorpresa, descubrió su rostro en una vidriera. Esa imagen que había envejecido no era la de ella.

Pensó en Cecilia, en la dicha de tenerla, aunque fuera lejos, y sintió casi como un remordimiento, porque su hija no sólo estaba viva, también era feliz.

Desde un megáfono, a lo lejos se oía a una de las Madres: “Sin embargo el cielo amanece cada mañana, no cejaremos en nuestro intento, desde aquí, hasta la muerte”.

Un murmullo quedaba tras los pasos de Josefa, como una estela...

Montreal, 30 de junio

Lejanos papá y mamá:

Me muero por verlos, pero me aguanto bien esta lejanía; quiero que sepan que Juan Carlos no sólo me brinda su compañía, sino también su protección, y eso hace soportable el estar lejos de ustedes; les confieso que por primera vez me siento realmente enamorada y estamos juntos todo lo que el tiempo lo permite.

Esta semana, Montreal cumplió años, y tiraron la casa por la ventana: un espectacular desfile con gente vestida como los primeros colonos y fiesta en el *vieux* Montreal, donde había jesuitas, cuáqueros, circo, prostitutas, todo reconstruido como en el siglo XVII. Los actores se mezclaban con el público para charlar; yo me “confesé” con el jesuita y, ya saben, como eran muy progresistas, me dijo que no hay una sola verdad y que todo es muy relativo. Luego fuimos al café literario donde, con tinteros antiguos y plumas de aves escribimos poemas. Juan Carlos escribió “he encontrado a la mujer de mis sueños”.

Vimos también mujeres del siglo XIX, hilando en ruecas, tiñendo a la vieja manera; y el broche de oro fue a medianoche,

junto al río, con todo Montreal iluminado, con luna llena y, en medio de esa noche tan bella, un espectáculo indescriptible, locamente mágico, con fastuosos fuegos artificiales combinados con música, mientras caminábamos entre la multitud en la antigua rambla de madera. Una fiesta que perdurará en nuestros corazones.

Para finalizar la noche, John y Mónica nos invitaron a cenar en un pequeño restaurante, (carísimo –ellos son profesores y ganan mucho dinero-). Comimos *canard ál'orange* y otros pequeños bocaditos muy franceses. Entre plato y plato te traen un sorbete, es como un heladito de agua con gusto a romero, para quitarte el gusto de un plato y así empieces el otro sin el sabor anterior, a la usanza del siglo XVIII.

Al día siguiente fuimos a conocer algo totalmente opuesto pero igualmente interesante: el biodromo. Es una gran extensión donde un grupo de zoólogos recreó la lucha cotidiana en un sistema ecológico perfecto: monos, hormigas, plantas, ciclo de agua, otoño y primavera, con caída de hojas en un lugar y brote de plantas en otro, está todo recreado, es único en el mundo. Créanme, algo fascinante.

Creo que ya se los dije anteriormente, Montreal todos los días me sorprende. Ayer estalló en mil colores, fue la primera noche con 20° grados de temperatura, y todo el mundo se instaló en las terrazas de los bares, abarrotados de gente alegre, festejando la buena temperatura. Muchas personas vestidas de blanco o paseando en cabriolé descapotable. También, un gran grupo, como de quinientos hombres, en enormes motos, con aspecto de matones (¿se acuerdan de Mario Baraku?) en una calle céntrica; también se veían borrachos, prostitutas, punks... estaban todos recibiendo el calor. Ese colorido, y esa diversidad del verano en contraste con tanta nieve y días tan cortos, es muy lindo.

Coronamos la noche con unas vieiras a la china, con soja y jengibre, en un bodegoncito iluminado con faroles de papel, muy romántico. Regresamos caminando por callecitas empinadas, donde “mi galán” no me daba tregua en sus abrazos.

De mis estudios debo contarles que he logrado avances importantes, como así también en inglés. Tengo un compañero argentino, de Santa Fe. Fue muy divertido cuando relataba los veranos de su infancia, que pasaba con sus tíos en Trenel. Insólito charlar esas anécdotas en el medio de vietnamitas, argelinos, hindúes y japoneses. ¡Fue tan hermoso recordar La Pampa!

Ahora quiero contarles que, entre todas las sorpresas que me regaló Montreal, también encontré, en la Biblioteca de Mac

Gill, los decretos firmados desde la época de Onganía. Fue un golpe al corazón. Leerlos a todos juntos es algo demasiado fuerte. (Aquí no se comprenden los gobiernos totalitarios). Están los especialmente dirigidos a la cultura. Todos esos decretos fueron recopilados por un profesor que ahora está en Estados Unidos; también se encuentran allí los libros de la dictadura.

En general, los argentinos no sabemos cuántos países libres ponen los ojos sobre nosotros, y qué caro nos cuesta.

Mis cartas son matizadas, como ven. Como la vida misma. Les cuento mis hermosas experiencias y también de las otras.

Aquí, tan lejos, me entero del terrorismo de estado en nuestro país. ¿Es que algún día viviremos en democracia plena y nos respetaremos unos a otros?

Con mucha pena y mucho amor, los abraza

**Cecilia**

Casi tan grande como la de su superficie, la ciudad de Montreal tiene otra Montreal construida bajo tierra. Hay bares, restaurantes, comercios, shoppings, todo muy calefaccionado e iluminado. De una estética “primer mundo”, con cascadas de agua, escaleras mecánicas, juegos.

Allí solían verse Cecilia y Juan Carlos, luego de las obligaciones, a disfrutar su nuevo amor; éste, que les golpeaba las puertas del alma.

Durante algunas semanas fue tanto el trastorno provocado por los acontecimientos, fueron tan fuertes las emociones, que no se daban tregua y pasaban casi todo el tiempo juntos.

Juan Carlos, parado en el lugar de la cita, vio llegar desde lejos a Cecilia, que se iba acercando con su mata de pelo como un ramalazo de azabache, emergiendo del abrigo.

Al encontrarse, se reflejaron en la mirada de cada uno, descubriendo que eso era lo más parecido a la felicidad.

Juan Carlos abrazó a Cecilia con toda su ternura contenida y pudo hasta olvidar los amargos sufrimientos que le había acarreado la vida. Le costaba adueñarse de una felicidad para la que no estaba preparado, con un amor al día, que transformaba cada minuto en un milagro de vivir.

Irían a recorrer algunas tiendas donde Juan Carlos pudiera modernizarse, ya que de su guardarropa había desterrado los colores del optimismo; sólo los pardos y los grises lo acompañaban. Desde hoy Cecilia sería su asesora de vestuario y debía tener las gamas de la alegría.

Entre aprobaciones y pruebas aquí y allá, se les pasó la tarde; cargados de paquetes y en un escándalo de risas, regresaron al departamento de Juan Carlos.

Necesitaban un lugar a solas para amarse, unir sus cuerpos para consuelo. Los primeros días sólo jugaban a quererse, en un aquí y ahora, pero a medida que el tiempo transcurría, los desmanes del corazón no les daban tregua y, vivían, literalmente, uno en brazos del otro.

Al llegar, apurados, se sacaron las camperas, guantes y bufandas, dejaron las botas de nieve al lado de la puerta, tiraron las compras por cualquier parte y aplazaron para más tarde el chocolate caliente que se venían prometiendo.

Fueron horas de un enamoramiento encarnizado, una suerte de delirio. Ellos mismos se asustaban de la voracidad de ese amor, y como en los días anteriores, desde que descubrieron que se amaban, se les hizo fácil quererse sin hora fija y en cualquier parte, a veces, entre el fragor del estudio, o en medio de lavados de ropa, con pasión arrebatada.

Cecilia descubría un hombre maravilloso y para Juan Carlos era doble la sorpresa; junto a ella era el único momento donde no se sentía solo y reconocía a este nuevo Juan Carlos, que ni él mismo sabía que existía.

Luego de tanto amor desaforado, Cecilia, paseándose por la casa como una diosa desnuda, puso música al ambiente y decidió que había llegado la hora de tomar el chocolate.

El sabor de las cosas ricas era de los nuevos descubrimientos que llevaba a cabo Juan Carlos. Las pésimas comidas de la cárcel acabaron por estropearle el hábito de disfrutar. Con Cecilia lo estaba recuperando, con toda esa gama de sabores latinos u orientales, ya no ingería, ahora se deleitaba. En medio del frío saboreaban mangos, cocos, guayabas, llegados desde el Caribe y que, sin proponérselo, les infundían un súbito aliento de felicidad.

Había días en que se quedaban tirados sobre un sofá, charlando durante horas, descubriéndose, contándose la vida; Juan Carlos, entornando sus ojos, ausentes del mundo, trayendo distintos recuerdos, entre los que se contaban sus libros, tan queridos, que debió dejar allá en Olavarría. Había sido un lector voraz. Idealista. No tenía autor preferido, fueron muchos y en diferentes tiempos. Siempre lecturas apasionadas que lo marcaron profundamente. Extrañaba no pasear sus dedos por los estantes repletos, el bosque literario, al decir de Neruda, tan amigos como los de carne y hueso.

Desde Cortázar, allá en la adolescencia, o Unamuno hasta Alberti o Federico, o Herman Hesse o Benedetti o Walsh. También echaba de menos su música. Algo encontró aquí en Montreal, pero recordaba a la Negra Sosa, Joan Báez, Vinicius, Serrat, los Olimareños.

Llevaba la carga de los sedimentos acumulados a lo largo de la vida y ahora, sin aviso previo, Cecilia irrumpía, aportando una brisa de aire fresco en esa vida tan empobrecida por el exilio.

Había días en que le dolía tanta felicidad, y caía, impensadamente, en pozos depresivos, de los que le costaba salir; mas Cecilia, con su comprensión y su paciencia, recurría a mil artimañas para volverlo a la vida. Juguetear con su pelo y hacerle cosquillas, solía ser un buen recurso. Con caricias y mimos, lograba traer nuevamente el brillo a sus ojos.

Isabel llegó a la ciudad con la anticipación de quien abre un cuaderno en blanco, su vida comenzaba allí. Había oído tanto de estos grupos que llegaban a la Universidad de todos los rincones del mundo, donde convivían congoleños con uruguayos o mejicanos y esquimales, que le pareció sentir el aire cargado de energía, ráfagas de un viento que le sacudiría los 25 años de rutina, abulia y ñoñerías , de esta mujer canadiense tan primer mundo.

Quería vivir. ¡¡Vivir!!

Con la primera persona que tropezó Isabel fue con Cecilia, y se le pegó como un abrojo. La vio vestida de pañoleta con flecos, desinhibida, cálida, con la cara tostada por el sol y, presa de un arrebato de súbita demencia, le propuso: - ¿Me dejarías vivir con vos? Cecilia quedó atónita por la impulsividad. Parecía un niño pidiendo un caramelo. A Isabel le traslucía la pureza, por eso accedió; de todos modos, ella también buscaba compañía para abaratar el departamento, pero todo sucedió tan rápido que no quedó espacio para el análisis. Más tarde se felicitaría, ya que Isabel era la compañera ideal para emprender la aventura de vivir en un país diferente. Era la puerta que se abría a las nuevas costumbres, a la tecnología o al manejo correcto del francés.

Isabel había crecido en una especie de ghetto, con padres mayores que, aunque no eran represivos, estaban muy atados a antiguas costumbres, por las que la sociedad no podía permitirse ciertas extravagancias. Criada en colegios católicos para niñas ricas. La familia estaba sólo a dos horas, pero ellos sólo

acudían a la ciudad para alguna reunión social, ir al teatro o a un funeral importante.

Apenas llegada a Montreal, a Isabel le fascinaron las mezclas en la Universidad, ese circo indescriptible, donde se movían jóvenes llegados de los cuatro puntos cardinales, que venían con ideas diferentes, golpeaban con tum-tum de tambores, disparados de viejas desilusiones o atraídos con nuevas utopías.

Casi todos eran pobres; esa mirada fue suficiente para que Isabel les copiara el vestir, el comer, el vivir.

Rodeando el edificio estudiantil, se veían aún, herederos de los *beatniks* y *hippies* con sus melenas y barbas, collares y túnicas de la India, o sandalias de fraile.

Por fortuna, Montreal era una ciudad acogedora, que estaba más allá de toda muestra de racismo o intolerancia.

A partir de entonces, Cecilia e Isabel fueron compañeras de vivienda, luego compartieron el trabajo universitario y al poco tiempo, eran grandes amigas.

Cecilia la aventajaba en el manejo de la libertad. Isabel era muy reprimida y eso le impedía disfrutar de la vida. Cultivaba un oprimente sentido de culpa que traía desde la cuna, pero quería cambiar; y Cecilia le abría esas puertas para ella tan difíciles, desde cómo ser natural ante los hombres, hasta deleitarse con una comida sabrosa.

A Isabel la acusaban dudas inconfesables respecto de su sexualidad; sólo tenía vagos recuerdos de cuando, en la niñez, había jugado al doctor con alguna de sus primas. Sus conocimientos eran ambiguos y contradictorios. Lo que había leído, en infinidad de libros, a lo largo de su vida, sólo le aportaba mayor confusión, era pura teoría, que se estrellaba contra la ausencia de práctica, a la que la muchacha ponía freno ante la más leve de las insinuaciones, como una noche, en una fiesta colombiana. Bailando con Albino una música muy sensual, se puso roja de vergüenza al sentir la pelvis del muchacho junto a la suya; se apartó rápidamente y con lo que le daban los pies, fue a sentarse junto al grupo, para sentirse protegida.

En ocasiones, trataba de imaginar cómo procedía el resto de la gente. Cómo le hablaría un hombre en su primera cita, qué sentiría si alguien la abrazaba.

Era una virgen pura, con todo el candor de la niñez, con las contradicciones de una mujer que viajaba sola por el mundo, aprendiendo la cultura, costumbres, idiomas diferentes, pero que ponía vallas a la primera mirada de compromiso. Era una sedienta junto al río, al que dejaba pasar caudaloso, sin atreverse a saciar su sed.

Cecilia la ayudaba a madurar, pero aún debía perder esa timidez que disimulaba hablando mucho de cosas intrascendentes. En el amor los dos se abren, se aceptan, se entregan, solía decirle. Es como una música celestial, y el sexo es el instrumento para ejecutarla, debía experimentar la intimidad absoluta, la entrega total del alma, pero también del cuerpo. A ninguna mujer le hace bien el desenfreno, como tampoco impedir alguna travesura erótica o el disfrutar de la música que, a veces, sin proponérselo, puede llegar a ser sublime

Así pasaban los días de aprendizaje de Isabel con todos esos estudiantes latinos a los que se aferraba día a día. Ella podía haber dispuesto de un lujoso departamento en el barrio más caro de la ciudad, en lugar de éste, con dos ambientes, modesto. Como nada le había faltado, no le daba la menor importancia al dinero, y vivía como los demás, gastando lo mínimo indispensable. A cambio, se encariñó con ellos, a los que admiraba, y en su fuero interno, quería imitar. Todos la atraían: la sensibilidad de Cecilia, la exquisita cocina de Mónica, la inteligencia de Yolande, la danza de Albino y hasta el sufrimiento de Juan Carlos.

Ella venía de un hogar aséptico, con buenos modales, costumbres nórdicas, en el que nunca pasaba nada. Y en este lapso había vivido, junto a sus nuevos amigos, más situaciones jugosas o al límite, que en toda su vida.

Ellos no podían viajar al exterior cuando querían aprender un idioma; estudiaban con becas, sus padres no les enviaban dinero y, una buena cantidad, eran exiliados.

Sin embargo, Isabel necesitaba de ese desorden, de esa calidez, de las risotadas o los abrazos efusivos y hasta de los dolores del desarraigo, como los de Juan Carlos. ¡Ahí estaba la vida!

Montreal – marzo 20

Mis queridos papá y mamá:

Aquí estoy, llena de nostalgia, pero estudiando y trabajando con mucho entusiasmo o, pasando todos mis momentos junto a Juan Carlos. Vamos a fiestas, cenamos juntos, o simplemente nos encontramos sólo para charlar. Es fuerte el amor que sentimos y esta novedad a veces nos hace perder la noción del tiempo y solemos pasar horas sólo con los recuerdos de cada uno. Juan Carlos es una persona muy especial, parece un ser de los que no pertenecen a ninguna parte, emana de él un reconcentrado olor a soledad, como si siempre estuviera mirando el otro lado de la vida. Y cuando se queda callado y sombrío, me cuesta llegar al universo cerrado de su corazón. Sin embargo, hace grandes esfuerzos para integrarse. Cuando logra vencer esa barrera, no sólo es cariñoso, sino hasta divertido.

Quiero que sepan que paso hermosos momentos, muy especiales, con mis compañeros del curso de inglés: un palestino, uno de Hong Kong, de Rumania, de la isla de Guadalupe y dos

negros de Camerún, amén de varios latinos. Cuentan su soledad, cómo extrañan su país; a la manera de un grupo terapéutico, hablamos de nuestras nostalgias. Con todo ese tercer mundo guardo una gran afinidad, el afecto, la sencillez y quizás el no haber accedido nunca a la sociedad de consumo nos da una profundidad y una manera de comunicarnos, diferente.

Me conmueven las distintas historias. Por ejemplo, conocí a un profesor de Berlín del este, muy sensible, sufrido. Y es muy lindo escucharlo. Siempre tengo sintonía con la gente del tercer mundo. Se lo ve muy pobre, de ropa humilde. Los profesores de aquí, tan confortables, en sus mansiones. Nunca una incertidumbre; tanta burguesía los ha vuelto frívolos, muchos hablan sin emoción y no se conmueven; en cambio, los que vienen de otros mundos más imperfectos, conservan la pasión y la sensibilidad.

Aquí es común saber tres o cuatro idiomas, de manera que lo que hago yo es ínfimo con respecto a esa gente tan “capa”. Tampoco me parece que haya que tragarse el sapo de que la intelectualidad es lo más importante en la vida. He conocido personas que tienen dos doctorados y muchos libros publicados pero son incapaces de reaccionar ante la desigualdad o la injusticia. Estoy de acuerdo con la sabia hija del lechero Gómez, que solía decir: “¿pa’ qué?”

Quiero darles las gracias. Cómo saben, realmente, lo que me emociona recibir de la Argentina. El cassette de la Negra Sosa, para largarse a llorar de añoranza; gracias también por los diarios y “la” Humor. Ya están en la mesa de luz para devorarlos antes de dormir. Sobre todo, con las noticias de aperturas de los partidos políticos. Es un soplo de aire fresco. Gracias por las cartas. Me son imprescindibles. A veces, lloro con cada renglón. Pero estoy fuerte, porque llorar no me destruye, al contrario, salgo de la carta tan feliz porque me siento muy junto a ustedes. En fin, un lujo que pocas personas tienen, el afecto, la simplicidad, el sentirse diferente, pero no superior a nadie.

Aquí llevo una vida muy variada y agradable. Los martes voy al cine, porque está a mitad de precio. Esta semana vimos una película checa de la época nazi y había dos viejitos judíos que estaban recordando su pasado. Fue muy triste verlos, abatidos, angustiados. Pienso que vivir con veneno es muy doloroso; hay que construir, sea donde sea.

También fuimos con todo el grupo a una fiesta latina. Creí estar en los años '50. Había cuatrocientas personas, la mayoría, colombianos. A la entrada nos recibió Raúl, organizador y maestro de ceremonias: camisa roja de seda, con mangas abullonadas, pantalón oscuro y

mocasines...¡rojos! Moviendo exageradamente los brazos nos dio la bienvenida, mientras ojeaba a Albino de arriba abajo. Nos acompañó hasta la mesa (estilo baile de pueblo). Fue el mismísimo Raúl quien abrió el baile con una colombiana vestida de punta en blanco y capelina roja. Parecía mentira estar en Montreal, que afuera nevara...De pronto, estábamos en Cartagena, el aire tropical había invadido el salón con merengues, cumbias, ballenatos y salsa. Las mujeres mostraban provocativamente sus cuerpos apretados dentro de minúsculos vestidos, montadas sobre altísimos tacos aguja.

Era un auténtico baile de pueblo, con el mismo colorido, la seriedad en las caras de las parejas en la pista, las miradas que se cruzaban de una a otra mesa. Al terminar cada pieza, todos a sentarse, y a permitir un intercambio más fluido. Me parecía tener la mirada de Ettore Scola.

Nosotros estábamos un poco cohibidos ante la gracia y la sensualidad latina, pero el ron con coca y limón nos animó y bailamos toda la noche. De tanto en tanto, se acercaba el tal Raúl preguntando si todo estaba bien y hacía algún chiste. Este tipo vive de la organización de estas fiestas, ya tiene una clientela fija; él alquila salón, música, etc. Creo que no será la última vez que vayamos. Es muy pintoresco y divertido.

Continúo la carta al día siguiente. Lluve y llueve, los tejados mojados, como en la canción de Serrat.

Hay todavía mucha nieve, pero ya más sucia y se congela el agua sobre las veredas. Todo se convierte en una pista de patinaje, donde te resbalás todo el tiempo y la gente se ríe. Anoche no podía alcanzar la puerta de calle y nos resbalábamos a cada paso. Regresábamos a cenar y pasamos a comprar empanadas en el Supermercado El Gauchito. La dueña, una señora rubia, teñida, nos contaba orgullosa que era de Liniers, mostrando una foto de ella con 20 kilos menos, frente al lobo marino de Mar del Plata. A un costado, un salteño de traje y mamado, olor a milanesas (el túnel del tiempo). Era sentirnos en casa.

Les cuento que tengo mucho que estudiar y la primavera se intuye, no porque haya levantado el termómetro y comiencen a verse hojas verdes, ya que aún está instalado el invierno, sino porque se sienten los pajaritos en el parque y han vuelto las miles de gaviotas a sobrevolar las calles. Y una tarea que se realiza en primavera es la que hicimos el domingo: fuimos con Isabel a la casa de unos amigos que tienen una especie de chacra, con una cabaña de cuento y un bosque de arces. Cada marzo, él, de manera artesanal, hace pequeños huecos en los troncos de los arces, cuelga un balde, y cuando aumenta la temperatura, gotea de esos

árboles un jugo dulce con el cual hacen el *sirop d'erable*, el dulce típico de Canadá. Le ayudamos en su bosque, todo estaba aún nevado y soportamos – 12° haciendo huecos, colgando los baldes y subiendo y bajando de los árboles. Luego, almorzamos jamón cocido con sirop, frente a la estufa a leña, con los cachetes colorados y un cansancio tan lindo que se nos llenó de lucecitas el corazón.

Nos hace falta distraernos, ya que tantos meses de frío, sobre todo con tan poca luz, se hace insoportable. Ocho meses de invierno, con la piel blanca, como gallinas, saliendo a la calle emponchados igual que fantasmas, es muy pesado.

Lo disfruto sólo porque tengo muy claro mi regreso a La Pampa, ya que tanto tiempo en un *freezer* es una tortura. Aquí ya visten las vidrieras con maniqués con mallas de colores estridentes de verano, pero aún no hay un atisbo de que cambie la estación.

De todas formas, desde aquí los recuerdo con mi piel fría y mi corazón caliente.

Hasta la próxima

**Cecilia**

Juan Carlos, esa tarde, esperaba a Cecilia en su casa. Miró el reloj y pensó: - Ya es la hora, que no tarde, me muero por verla.

Cada día se le hacía más necesaria su presencia, y era tan fuerte esa necesidad, que le impedía pensar en el futuro; sólo vivía el hoy con pasión.

Dejó errar la mirada por la ventana que daba sobre los arcos aún friolentos, la divisó a lo lejos; la reconocería en una multitud. El caminar de Cecilia, toda ella ondulante, con su pelo al viento, lo perturbaba; le recordaba “la Chascona” de Neruda, la bella Matilde y su mata ingobernable.

Esa visión le levantó el ánimo e imaginó las horas futuras. Al atardecer saldrían a cenar; le encantaba sentarse en alguna vereda, con un plato de comida, mientras sobre la mesa bailaba el sol. Pensaban ir con sus amigos a un restaurante mejicano que tenía música alegre. Unos tacos y unas mañanitas serían una buena combinación. De aquí en más, la música y la comida latina quedarían unidas en su corazón con la idea de la amistad. convirtiéndose, sin proponérselo, en un buen gourmet.

Lentamente, Juan Carlos se despojaba de la triste melancolía que lo acompañaba desde tantos años y de ahora en más Montreal sería la ciudad más hermosa, , porque así lo sentía su corazón enamorado. Por ella caminaba todos los días, envuelto en llamaradas, de la mano de Cecilia.

La muchacha llegó abriendo puertas y convirtiendo la tarde en una fiesta. No acababan de besarse nunca; gozaban esa madurez espléndida, sin afanes ni estridencias, construyendo entre los brazos de ambos un nido perfecto, donde encontraban paz y cobijo y obviaban cualquier obstáculo para inventar un buen amor.

-¿Dónde cenamos, para coronar esta pequeña fiesta? –preguntó Cecilia.

-No sé lo que se te ocurra, pero hace días que pienso mucho en los tacos o burritos mejicanos. ¿Qué te parece?

-Sí, sí, buena idea; no sólo son deliciosos, sino también divertidos. Cada vez que los como, termino chorreando jugo y manchándome la blusa. ¡Ja, ja!

-Lo que yo comería, y esto también hace tiempo que lo vengo deseando, es un buen asadito. ¿Qué te parece? Con un choripan, chinchulines, alguna mollejita, con un buen chimichurri.

-¡No seas malo, no me hagas desear!

-¿Sabés los años que hace que no disfruto un asado así? Pero completo, no de carne o sabores solamente, sino de ambiente; de olor a humo, de un tinto de raza, de un par de ojos que te miren hondo y disfrute con vos, de algún tanguito del Polaco...Si sería lindo...

-Ese asado tan completo que vos añorás, sólo se come en Argentina –respondió Cecilia.

-¡¡Si lo sabré yo!!

-Bueno, te prometo ese mismo asado, con el sabor y el olor, y, sobre todo, con el “clima” que tanto añorás. Regresá conmigo y te lo hago en la Pampa.

Se miraron fijamente y algo mágico, del encuentro, se fue rompiendo. Cecilia acababa de hablar de algo tabú, el regreso. Nunca, hasta hoy, a esos pensamientos los había traducido en palabras, y ese tiempo había llegado, sin esperarlo.

Los envolvió un raro silencio. Ya no estaban conectados. Cada uno se encerró en sus pensamientos. El edificio de amor parecía desmoronarse. Sobradamente, Juan Carlos sabía que llegaría el día tan temido, ese día que, consciente o inconscientemente, había archivado en el fondo de su mente. Cecilia vivía en Canadá provisoriamente. Cuando terminara de estudiar, La Pampa sería su destino. ¿Qué haría él, entonces?

Trataba de gozar del amor que le llegó de regalo, pero el dolor del pasado había estragado sus fuerzas. No hablaban del futuro, ni se les había ocurrido

ahogar semejante amor con catástrofes matrimoniales en un bullir de miserias cotidianas.

Para Juan Carlos, identidad, pertenencia o perpetuidad, eran sólo una utopía.

-¿Por qué no? –preguntó Cecilia. El obligado desarraigo ya fue, ahora se está volviendo a la democracia, habrá elecciones, por qué no permitirse una nueva vida en Argentina, o es que pensás quedarte aquí para siempre?

La pregunta que le hizo Cecilia, así, de pronto, fue un duro golpe para él.

-No, no sé...no me obligues a pensar. Tengo miedo. Miedo de tener miedo. Aquí camino sin sobresaltos por la calle, no podría hacerlo allí, si los torturadores están sueltos. No puedo volver a mi país, que está reducido a escombros y ausencias, decorado por un montón de mujeres que se pasean con pañuelos blancos en la cabeza. De milagro no está mi madre entre ellas, y con el agravante de que la mitad de la gente ni sabe lo que ocurrió realmente, en todos estos años. ¡No, no me pidas tanto!

Hablaba Juan Carlos, cada vez más alterado.

Desde la ventana, la tarde caía lentamente, llenando de grises el entorno, las hojas de los arces se bañaban en luna.

Así como mantuvo el silencio tanto tiempo, ahora quería contar el horror una vez y otra vez y otra más, como si, congelando las escenas terroríficas en palabras, lograra impedir que hubieran sucedido.

Aparecían atisbos y reflejos de situaciones, de frases calladas o dichas, de rostros crueles, que hoy, a la distancia, medía como piezas sueltas del gran rompecabezas. Con las manos en los bolsillos, mirando tras los vidrios sin mirar, recordaba en voz alta, como si no le hablara a Cecilia, como si estuviera solo.

-Antes que me llevaran, había un tipo sin uniforme al que yo cruzaba en las mañanas. Tenía aires de sargento, con una mirada pertinaz; miraba tan fijamente que sembraba un miedo de muerte que te recorría todo el pecho, hasta que ese miedo, el miedo de veras, se te metía en el estómago. ¡No, no! No podría volver a vivir eso, no tengo fuerzas.

Siguió mirando por la ventana, con ojos de extranjero, como si volviera a mirar lo ya visto.

A Cecilia no le quedaban argumentos para dialogar; sintió que los hilos del destino la habían atado irremediabilmente a esta vida maltratada que portaba Juan Carlos, pero por primera vez temió por el camino que debía tomar cada uno. Frente a esos pensamientos no había defensa.

El muchacho, en silencio, pensaba; debía terminar su errático peregrinaje, era necesario regresar a puerto, aquel ir y venir hacia la nada, debía abandonar al impenitente trotamundos y comprometerse con la realidad. Sabía que, hasta

que conoció a Cecilia, él vagaba sin rumbo, pero si la perdía ya no habría camino por donde anduviera la vida.

Se arrimó a ella, enredó sus manos en su pelo y, con toda la ternura del mundo mirándola a los ojos, le dijo:

-Vamos, los amigos esperan.

Los amantes seguían juntos todo el tiempo posible, acostándose a cualquier hora, muriéndose de amor en la mesa de algún café, o rodando por las calles en este tan corto verano.

El la miraba a los ojos, preguntándose por qué la hallaba levemente distante, alejada, encerrada en sí misma, en ese envoltorio humano que a veces parecía no ser ella.

Aquella discusión, aquel cambio de ideas referente al regreso, los había perturbado. Gozaban como niños cada minuto compartido; pero como un velo, una vaga niebla, el tema se había instalado en medio de ellos.

Albino había recibido a Carmen, su novia de Costa Rica, y se habían casado aquí, motivo más que suficiente para juntarse con festejos y reuniones. La muchacha era una auténtica belleza latina y hacían una pareja atractiva. Juan Carlos y Cecilia los miraban con un dejo de envidia. La situación era distinta, mas el amor era comparable en ambas parejas, pero no se atrevían a reanudar el tema del regreso a Argentina.

Una mañana, en la que tenían dispuesto viajar todos, a conocer a los padres de Isabel, Cecilia estaba aún entre la vigilia y el sueño, en esa zona de duermevela fronteriza, inmersa en niebla y silencio, perdiéndose en recuerdos de tiempos idos, pocas semanas atrás, cuando amaba solo en presente, sin más ni más. En un deslumbramiento continuo, sin ayeres ni mañanas. En pocos días todo había cambiado, a Cecilia sólo le quedaban unos meses de estadía en Canadá y en perspectiva veía que su relación con Juan Carlos, trabajosamente concebida, podría quedar trunca por la separación.

Envuelta en sus pensamientos, escondió a medias su rostro entre las mantas mientras oía el ir y venir de Isabel preparando el desayuno.

-Vamos remolona, la mañana está hermosa y el camino nos espera. Más tarde llegaron Albino y su mujer y, en su auto, pasaron a recoger a Juan Carlos para iniciar el viaje.

El día anterior, Cecilia e Isabel habían ido de compras al mercado *Jean Talon* y regresaron cargadas con frutas, lechuga, apio, albahaca, tomillo y un enorme trozo de cordero para el almuerzo. Recorrían los puestos como chiquillas en una juguetería, encontrando colores y aromas de todos los continentes. Olían un melón o una piña, elegían con ojos de chef la mejor carne o se les ocurría, al pasar, un puñado de almendras o unos higos turcos. Cansadas y felices organizaron en el departamento lo que llevarían a la casa de Isabel. El viaje tenía el doble propósito de que conocieran a los padres de Isabel y de festejar otra vez más el casamiento de Carmen y Albino.

Ya dispuestos para el viaje, que duraría 2 horas, atravesaron el puente y enfilaron hacia la carretera que fue tomando el aspecto de una cinta luminosa, y las casa de campo, cerca unas de otras, se veían alegres, prolijas, con ventanas de colores y jardines al frente.

La charla se hizo amena y cada uno comentaba algo que le recordara viajes anteriores. Cecilia contaba sus paseos por Telén o Victorica, distraendo el viaje alguna bandada de loros. Juan Carlos recordó lo mucho que le había impactado, tiempo atrás, la emigración de los gansos canadienses. Fue una tarde gris cuando los vio, gris como estaba su ánimo por entonces. De pronto, como en días anteriores, se empezaron a unir bandadas, unas más chicas, otras más numerosas y techaron el cielo con sus sombras, derramando los ecos de sus graznidos, mientras la gente, por las calles, los observaba con tristeza, con pañuelos les decían adiós, sabiendo que su partida anunciaba el invierno con su frío y su oscuridad. A él, que sólo tenía el recuerdo de las golondrinas en los cables de la luz, allá en Olavarría, esa nube de gansos en bandadas de despedida, lo apabullaban. Con esos grandes cuerpos pardos y sus pechos amarillentos, dieron un gran giro alrededor de la ciudad como concientizando a sus pobladores de que, por muchos meses, no volverían a verlos y, en una última conjunción perfecta, enfilaron hacia el sur, ya en forma definitiva. Fue comprender la interminable extensión del universo y, al igual que un niño en un vuelo imaginario, Juan Carlos deseó acoplarse a la bandada y viajar allá lejos, hacia el sur, hacia su casa.

Llegaron a **Tadousac** y les encantó el paisaje, habían bordeado el San Lorenzo. De pronto, vieron la casa. Impactante. Sobria, a dos aguas, de madera, recordaba a la Inglaterra victoriana. Una construcción con el señorío

y buen gusto que poseen las personas de buen pasar, desde generaciones atrás. Los padres de Isabel, muy cordiales, los recibieron felices de conocer a los amigos de su hija. Al pasar a la sala se cohibieron un poco ante esa decoración confusa de muebles antiguos, con toda clase de primores artesanales, iluminada con globos de papel, orientales, acarreados de los confines del mundo en tantos viajes que hacía la familia.

El papá, muy educado, con autoridad, contaba la historia de cada uno de los objetos, pero Cecilia, con sus ojos de mirar más allá, sólo veía manos rústicas morenas, tejiendo aquellas mantas bolivianas, o las redes de pesca, traídas desde el Titicaca, bordando los magníficos tapices con texturas y colores guatemaltecos, o alguna viejita enjuta, de ojos rasgados, enredando las fibras de coco para dar forma a los bellos manteles. También decoraban la sala, bellas piezas de porcelanas adquiridas, quizá, en algún zampan de Hong Kong, y en un esplendor natural, vitrinas con mates de antigua platería del Perú. O una repisa conteniendo monedas de distintos pueblos del mundo de hoy o de cien años atrás: rupias, dracmas, piastras, chelines, maravedíes soles o perras chicas. Pinturas donde se adivinaban auténticas obras de arte, con la firma, no de un imitador, sino de un verdadero creador. Todos objetos que embellecían el lugar.

Sentados a la mesa, muy animados, saborearon una Ensalada de Amantes Latinos ( en honor de Carmen y Albino), un *agneau* de cordero con finas hierbas y helado de *sirop d'erable*.

Por la tarde recorrieron el parque que bordeaba el río y se sentaron a charlar con los padres de Isabel, de una conversación profunda y agradable. Se hablaron de mil temas, hasta que, sin saber cómo, se tocó la profundidad de la muerte.

-¿Qué será la muerte? –reflexionó el padre- Imagino algo tan misterioso, es difícil creer que algo termine cuando nos morimos, queda la memoria de los que nos quisieron.

Al decir esto, mecánicamente, acariciaba el pelo de su hija.

-Tal vez, algo especial, la vida en sí es muy misteriosa también.

Eran palabras tan fuertes y tan verdaderas, que durante un largo tiempo nadie rompió ese silencio que quedó flotando. Sólo se oía el fluir del San Lorenzo.

Emprendieron el regreso cuando ya los rayos se filtraban oblicuos en zigzagueantes claroscuros, allí donde todo se hacía mágico, iluminado con las farolas de papel y el calor de los adioses.

Ya en camino no pudieron menos que comparar el nivel de vida de Isabel con todos ellos. Ese grupo de latinos a los que la muchacha quería tanto.

Se daban cuenta de que todos venían de hogares de gente no profesional. Los padres de Klaus tenían una chacra en Austria y criaban cerdos. Los padres de Luis, el peruano, eran cocineros. La mamá de Albino tenía una fonda, los de Yolande, una chacra en Abitibí. El de Juan Carlos trabajaba en la tosquera de Loma Negra.

No se veía en la universidad a gente de dinero. Isabel era una excepción. ¿Será que la clase media es más emprendedora y que sabe el valor de las cosas? Toda es gente sencilla y muy inteligente, en muchos casos, brillante. También pertenece al grupo “el Polaco”. Suele contar, a veces, las peripecias pasadas con los comunistas; no le dejaban leer otra cosa que no fuera del partido, pasó miseria, ahora vive en Toronto con su mujer, pero piensa volver porque dice que “él es muy polaco”.

Luis representaba toda la viveza latina, pícaro, rápido, poco inocente. Cuenta cosas increíbles del Perú. Tal vez los más humildes del grupo, pero es muy fácil quererlos.

Albino vivía en Costa Rica, en un pueblo tan chiquito que cuando le escribe a la madre pone en el sobre: Sra. de Chacón pasando la ex farmacia Salas, casi llegando al Sindicato.

Valorando todo eso y lo hermoso de cada recuerdo, se acortó el viaje.

Al llegar, Montreal los esperaba con todo su esplendor. El *Mont Royal* se unía a las estrellas.

Con el fresco otoño las últimas rosas se veían espléndidas. Allí Tomás se había fabricado un perfecto escenario donde traer a Cecilia hasta su mente, e imaginarla a punto ya de coronar sus esfuerzos. Sólo le faltaba emprender la meta final y volvería con su título triunfante, nuevamente al país, a la Pampa, a ellos.

Se le había hecho largo el tiempo sin su hija.

Él, tan casero, tan cerrado en sí mismo, tendió un puente hacia Cecilia, esperando esas cartas, que eran ella misma, para vivir medianamente bien, teniéndola tan lejos.

Las nubes comenzaban a perseguirse entre sí, el viento se encarga de llevar el perfume de las rosas y Tomás en tanto añora. A esa altura de los años los recuerdos son sus mejores amigos; a veces piensa que si tener tanta memoria es ventura, o por el contrario sólo le sirve para extrañar más a Cecilia. Con sus ternuras él la ve aún adolescente con aquel fervor rebelde o su cabecita poblada de ocurrencias. Hoy sólo vive esperando esas cartas o contando los meses para el salto final y el regreso.

La veía tan estudiosa, tan emprendedora; diferente a muchas jóvenes de hoy viviendo en este nuevo mundo de inaugurados puentes, con aspiraciones a presidentes de algún club, dirigentes de fundaciones y algunos preparándose vertiginosamente para la próxima diputación; tal vez esa

diferencia provenía de la educación que él, con Josefa, le dieron. Nunca quisieron que su niña estudiara pupila, a pesar del renombre, por entonces, de las instituciones oficiales. Sólo le dieron amor y libertad. No soportaban las órdenes de las monjas rígidas y rezonas con ese continuo hacerlas sentir pecadoras por todo.

Cecilia era una buena muchacha, una más de esos hijos que se convierten poco a poco en padre de sus padres, y la necesitaban junto a ellos para compartir los últimos años de la vida.

El golpe de un portazo lo sacó de sus cavilaciones; el estrépito estremeció a los gorriones que buscaron asilo en la palmera; Josefa caminaba apurada con una carta en la mano, los ojos tenían un velo agrisado y traía en su rostro el reflejo de cien agonías.

Al corazón de Tomás le brotaron golpeteos.

La noticia la recibió en medio de la rosa de Alejandría, con la tijera en la mano y el deshilachado gorro sombreando la carta; aunque tenía ganas de llorar, Josefa le dio la novedad con una sonrisa invencible, como no dándole el gusto a la adversidad.

Tomás leyó la carta con una serenidad que no sentía, las fuerzas se le habían fugado de las piernas; y estas nuevas noticias acababan de asesinar su candor.

Miró directamente a su mujer a los ojos y sin hablar comprendió que hoy más que nunca debían unirse para enfrentar este embate nuevo de la vida.

La niebla de la vejez los unía día a día luego de 40 años de convivencia, eran como una sola persona dividida y trataban a diario de limar las asperezas cotidianas, los odios inevitables, los malhumores compartidos y hasta los esporádicos relámpagos de felicidad. Se amaban bien, sin pasiones, sin excesos, con esa uniformidad de meseta con la que se ha llegado, sin darse cuenta, a las últimas curvas del camino, donde seguramente encontrarían nuevos dolores, porque así es la vida, pero también algún rayito de sol ¿ Por qué no?

Con estas noticias, se preguntaban los ancianos sin sosiego, si Cecilia ahora volvería, o decidiría armar su vida por allá. Presos de esa incertidumbre, Tomás volvió a sus rosas y Josefa enfiló sus pasos hacia la casa. En breves momentos repasó su pasado y hurgó en el recuerdo más antiguo cuando ella, al igual que su hija, encontró escollos en su vida, sus amores ingenuos, tantas ilusiones, las más de ellas incumplidas. Y descubrió que se le estaba yendo la vida. Se estremeció y sintió un dolor en medio del pecho.

Entonces, recién allí, tomó la firme decisión de no lamentarse por las cosas incumplidas, ni por frustraciones o ausencias. Había dos caminos: o vivir a pleno y conformarse con los residuos que le daba el destino o sentarse y esperar que la derribara el primer zarpazo de la vejez.

Ella se había preparado para la vida en el oficio de ser esposa diligente y sumisa, pero no era el destino que esperaba para su hija, y ahora le caía este embrollo en el reposo de la madurez, si ni tan siquiera era el matrimonio lo que soñaba en estos tiempos para Cecilia.

Miró hacia el jardín y vio a Tomás que parecía envejecido súbitamente, paseando entre los rosales, mirando aquella rosa color té que se obstinaba en seguir adherida a la planta pese a que ya no tenía vida, sin savia, parecida a su dueño.

Josefa, en un supremo esfuerzo por ser optimista, alejó los negros nubarrones de su mente y vio a Tomás en un período declinante, pero no decadente. Se vio a sí misma, decidida a salir una vez más, de este atolladero.

Montreal – Noviembre 20

Queridísimos papá y mamá:

Estoy a punto de dar el salto final. Muy atareada en la Universidad y también con los trabajos del Hospital Douglas. Creo que todo va a terminar bien, aunque el sacrificio que hago es grande; estudio y trabajo “a full”. Según las predicciones de Ndongo, que me leyó las manos “adivinando” mis rasgos de carácter, vaticinó éxito en mis emprendimientos. Un verdadero brujo lleno de magia, este querido senegalés, al que seguramente voy a extrañar mucho.

Esta semana estuve en una especie de club, en una casa donde se reúnen jóvenes de un barrio pobre a pasar el tiempo. En medio de camperas de cuero, humo, rock insoportable y un argot indescifrable, entrevisté a unos chicos para conocer su mentalidad y qué esperan de este país. Es realmente una tarea más que interesante.

También charlé con un grupo de profesores, algunos ya conocían Argentina. Nos pintan como un país “inclasificable”, esa es la imagen: paraíso e infierno, con gente inteligente al lado de mucha

pobreza. Buenos Aires los apasionó, y estamos viendo la posibilidad de que puedan ir a La Pampa, coman un buen asado y se conmuevan con una puesta de sol. Como ven, ya proyecto el regreso.

Aquí, otra vez el frío y los días tan cortos. Falta poco para Navidad, en realidad falta poco para todo. Para despedirme de Montreal, para obtener mi título, para volver a abrazarlos...para dejar a Juan Carlos.

Las despedidas siempre dejan un regusto amargo y, en estos días en especial, estoy algo triste porque muchos amigos se están yendo: la colombiana; John, el lingüista, con Mónica, su mujer; Miguel, un muchacho de Chivilcoy...Finalizan sus doctorados y cada cual marcha con rumbo distinto; eso significa que termina una etapa que no volverá. He sufrido mucho en las despedidas, siempre una parte de mis afectos está yéndose. Pero también es cierto que he crecido, y ese es el precio que te cobra la vida. Son amigos entrañables a quienes guardaré para siempre dentro de mí. No me acostumbraré nunca a perder a gente que quiero, pero parece que ese es mi destino.

Además, dejar Montreal me destroza el alma porque esta ciudad me cautivó con su vuelo y aquí se queda mi corazón. No todo se puede tener. Tendré que readaptarme, la dicha de estar junto a ustedes y la enorme pena de dejar a Juan Carlos. Optar. De eso se trata. Allá y acá, como decía Cortázar, en los dos lados hay cosas buenas y hay que elegir.

He tratado por todos los medios de tentar a Juan Carlos para que regrese a Argentina. Con la democracia ya comenzando, podría rehacer su vida. Conseguir un empleo y hasta retomar su carrera, pero es tanto lo que ha sufrido que, cada vez que toco el tema, enmudece. Se bloquea y no puede razonar.

Aún tiene miedo. "Mucho miedo". Él me ama, pero es más fuerte el pánico que le produce el solo pensar que lo podrían volver a detener. Todavía no pudo derribar ese muro que lo ata y lo anula.

Queridos papá y mamá, como siempre, espero ansiosa el momento de partir hacia ustedes y confundirme, feliz, en un abrazo, mientras enjugo las lágrimas al dejar al hombre que más amé en la vida. ¿Es que siempre la vida divide así?

Con todo mi amor

*Cecilia*

Aún hay tiempo para recibir otra carta. La última.

Era necesario, a esa altura de los acontecimientos, hablar con Juan Carlos a toda verdad. Así lo pensó Cecilia mientras miraba largamente su rostro en el espejo. No esperaría un día más; quería una respuesta contundente. Un sí o un no.

Se abrigó, llamó a un taxi y enfiló sus pasos hacia el departamento de Juan Carlos.

La sorpresa fue mayúscula para él, no la esperaba y la estrechó en sus brazos, picoteándola a besos, disfrutando esos dorados momentos. La alcoba de paredes blancas, resguardada de los fríos de hielo azul exterior, era un estuche para guarecerlos.

Él se veía feliz con la sorpresa. Poco a poco, recobraba un aspecto saludable, a pesar de su esporádica hosquedad, esta relación le sentaba bien y esta tierra se estaba convirtiendo en su patria. Marchaba al encuentro de sí mismo. La miró con ternura y acarició sus negros cabellos, que reflejaban con destellos de luz, la encontró muy bella, pero con una mirada desafiante. No la comprendió, hasta que ella, orgullosa, apoyó sus manos en el vientre y le dijo:

-¡Voy a tener un hijo!

El silencio los envolvió.

Juan Carlos la miró largamente, pero lo aplastó el peso de la realidad. Para no cometer un error con palabras equivocadas, y con su alma arrasada por un ciclón, se llegó a la cocina y trajo café; toda su hombría consumida, las tazas le castañeteaban con el temblor de las manos. Era el único ruido; un eco de ausencia resonaba en la casa.

Más tarde llegaron los por qué, los cuándo, los intentos vanos de volver atrás el almanaque, él la enfrentaba con un río de frases inacabadas, imágenes, temores, dolores de la existencia. Comprendían que era de las cosas que llegan sin aviso.

Juan Carlos sopló su nariz tras un pañuelo para ocultar la emoción, mientras absorto, miraba por el balcón la hermosa ciudad nevada.

Cecilia en silencio acarició la espalda de su amor, él se volvió tomándola de las manos, parecían árboles en medio de un vendaval que se sacudían y podían derribarse con la furia. Cada uno sintió una emoción fuera de dique, ella rompió la cautela que se había prometido y botó con llanto y palabras duramente contenidas.

-¡Juan Carlos, vámonos a Argentina!

- No, quedate conmigo, que el niño nazca aquí.

Ella le habló de frente, mirándolo directamente a esos ojos claros que tanto amaba, y con determinación como cada vez que debió decidir ante las cosas difíciles que pasaron por su vida, le dijo:

- No puedo, no debo; me lo prometí a mí misma al llegar. Me voy. Volveré a mis viejas arenas.

- No me dejes, no podré vivir sin vos. Todavía no, no puedo volver.

Pedía, rogaba, suplicaba. Cuando pasara un tiempo de democracia firme volverían.

Juan Carlos reclamaba el total de su amor, sin entender aún que la mitad le pertenecía a ese hijo desconocido.

Hablaron, discutieron, reflexionaron.

Cecilia cada minuto más firme en sus convicciones.

Juan Carlos debilitándose en sus reclamos.

No sólo era elegir el camino a seguir en la vida sino la ardiente necesidad de regresar, mantener códigos, el lenguaje, las antiguas raíces.

No lo hacía solo por sus padres, ni siquiera por sí misma, lo hacía esencialmente por ese minúsculo ser que latía dentro de sí, y desde que supo que tendría un hijo, por primera vez comprendió que la maternidad no era necesariamente una desgracia, y a pesar de que ese niño se anunciaba sin haberlo deseado, abrió las compuertas de su corazón y comenzó a vivir a pleno su embarazo.

Estaba decidida, ya había terminado sus estudios y volvería a pesar de criar a su hijo lejos del padre

. Pensó en cuánto tiempo se mantendría Juan Carlos firme en su propósito, tenía Cecilia más lástima por él que ella Sabía que al partir, a él lo barrería la desesperación como un alud. Ella en esa relación, era vela, timón y ancla.

- Podés volver Juan Carlos, no tengas miedo, tenés que volver a soñar.

Le daba vueltas a las palabras en un ir y venir en busca de solución, de no malgastar esfuerzos. Ella debía caminar con cautela para convencerlo, él aún llevaba la cárcel incorporada en su propio olvido y podría volver a empantanarse en los mismos barriales del ayer. Debía aferrarse a ese hijo que le alcanzaba una tabla para salvarse del naufragio.

Durante toda la tarde discutieron. Cada uno aportaba una frase pretendiendo que fuera convincente.

- Volvamos juntos. Allá podrás enterrar el pasado, ese mal tiempo de tortura y soledad.

- Vos no entendés que el miedo es peor que la muerte.

- Ya conocés mi concepción del amor, rechazo limosnas o sustitutos, no acepto pasiones a medias. Si me querés de veras, si amás a tu hijo, debés regresar. Será como regresar a la vida.

A él lo acosaban los demonios.

Él miraba esa nieve que tendría para siempre en sus ojos y en su corazón, tan azul y limpia como el cielo.

Ella ya se veía como los gansos migratorios, partiendo por el aire rumbo al sur.

Él en sus adentros se reprochaba su indecisión. Hubiera querido dormirse y despertarse más tarde y que ya todo estuviera resuelto.

A Cecilia la rebeldía le golpeteaba en la cara y de pronto imaginó el regreso con ese montoncito que ya latía en su vientre. Oyó el murmullo del viento y un batir de ramas chocándose y pensó que eran ellos mismos, luchando por entenderse. Lentamente se fue dando cuenta de que no había razón para luchar por una relación que parecía, al menos en las responsabilidades, unilateral. Como si el bebé fuera sólo de ella. Se limitó a mantener vivas sus esperanzas y no volvió a intentar convencer a su amor, pero sí estaba segura de que no permitiría que su vida se llenara de polvo y desorden.

Tuvo piedad por Juan Carlos. Lo vio atónito e indefenso.

Dentro de un tiempo nacería su hijo y sorprendida notó que podía lucir su barriga con orgullo porque dentro suyo germinaba una semilla.

Los afanes de la vida no lograrían hacer cambiar su naturaleza, seguiría como hasta hoy confiada y generosa. No le había reclamado a Juan Carlos una boda de estruendo, ni siquiera una boda, sólo tener la dicha de mirar los ojos de su amado mientras amamantara a su hijo.

Mientras acariciaba las manos de Juan Carlos, Cecilia pensó que ya no era la muchacha impetuosa en busca de saberes para plantarse en un buen empleo; esta nueva Cecilia era toda una mujer de mirada serena y resolutiva que estaba dispuesta a las peores adversidades para brindarle una buena vida a su hijo, inclusive dejar a Juan Carlos en el camino, si fuera preciso.

Montreal, diciembre 10

Queridos y ahora sí cercanos papá y mamá:

Ya cuento las horas que faltan para confundirme en un abrazo con ustedes, luego de más de dos años.

Sabía, anticipadamente, que no me reprocharían el embarazo. Son demasiado generosos para medir las circunstancias, sólo por las apariencias. Gracias por su comprensión.

Me emocioné mucho, más que otras veces, al oírlos por teléfono, cuando me dijeron que me recibirían con los brazos abiertos.

Hubiese querido decirles que me voy con Juan Carlos, pero no pude convencerlo. Imaginen lo que estoy sintiendo; por un lado este hijito que ya se mueve en mi vientre llamándome a la vida, que me obliga a estar bien para él; y por otro, a mi hombre, el gran amor de mi vida, suplicándome que me quede aquí hasta que recobre las fuerzas para regresar al país.

Ya tomé mi decisión. El bebé nacerá allí, junto a ustedes. No es lo ideal. Muchas veces en la vida, cada uno hace un viaje por caminos diferentes, a veces, se bifurcan y otras, sólo algunas, se reencuentran.

No le haré ningún bien a Juan Carlos quedándome, es más, confío en que, al no tenerme, toque fondo y comprenda que sólo en su país recuperará esa paz interior que tanto busca.

Estoy dispuesta a desandar el camino que me trajo y a esperar allí, junto a mi hijo, el milagro de mirarnos a los ojos por primera vez.

Sé que el regreso será duro. Debo volver a la mediocridad de ciertos sectores, al amiguismo, la intolerancia o la falta de interés en la superación, pero en compensación reencontraré a tanta gente valiosa. Acá, la más sensible y profunda no es la que abunda.

Allí me esperan los cafecitos con amigos, los asados de papá, las películas compartidas con mamá, el sol, los mates en medio del trabajo. Eso cuenta más que mil publicaciones en revistas. También, olvidarme un poco de la producción intelectual.

Disfrutar una noche de tangos -¿por qué no?- con Pérez Medina y Carlitos Tomaselli que aún están en los escenarios. Eso es hermoso, tal como cuando yo era niña, como si el tiempo se hubiera detenido. Igual que en el Aracataca del Gabo.

Prometo no quejarme de la radio fuerte de los vecinos que, obligatoriamente, me hacían oír las carreras los domingos. Disfrutaré hasta con las contrariedades. Le cebaré mate a papá mientras cultiva sus rosas, ayudaré a mamá a resolver el crucigrama, tomaré una cerveza bajo el parral del tío Saúl y prometo no taparme los oídos con las tormentas de enero.

Y, entre todas las promesas, me hago una a mí misma: mi hijo nunca lamentará que lo haya traído al mundo.

Nunca terminaré de agradecer al Norte lo que me dio: mis logros intelectuales, haber encontrado mi amor y gestar a mi bebé. Le debo mucho a Montreal, pero en la vida hay que tomar serias decisiones, y ésta es la mía.

Allá voy, rumbo al Sur, al que pertenezco.

Un abrazo hasta que llegue.

Con amor

**Cecilia**

Esta Navidad será completa. Yo, futura mamá, y ustedes, próximos abuelos.

Fueron días aciagos para Cecilia y Juan Carlos los que siguieron luego de la verificación del embarazo. Cada uno, en su fuero interno repasaba actitudes, palabras, hechos. En una semana ella volaría al sur. En una semana una nueva forma de exilio comenzaría para él. Ya se sentía enfermo, le dolían la espalda y la cabeza, había dejado de comer y de dormir y hasta avisó al trabajo que faltaría unos días. A pesar de los estragos de sus dolores tenía que esforzarse para dominar el cuerpo, su voz se quebraba y debía secar las lágrimas que fluían de sus ojos sin aviso, tirado en la cama como pertrecho de guerra, luego de una batalla perdida. Lamentó que la acumulación de nieve le impidiera caminar por el parque *Lafontaine* y que el frío le diera en la cara para tratar de poner orden a su corazón desaforado.

Para Cecilia, había llegado la hora de la verdad y la desafiaba enfrentándola sola; una cosa era tener vagas ideas feministas y otra muy seria era ser madre soltera, hoy. Sabía que no recibiría reproches de sus padres, eso ya lo habían hablado, estaban por encima del bochorno que produciría su llegada al pueblo con el vientre empinado, pero era consciente de que le tocaría hacerse cargo, sin ayuda, de una criatura, mantenerla, educarla. Pensó que su hijo podría reprocharle mañana el haberlo criado sin padre. Sería una larga batalla, otra más de las tantas que enfrentó en su vida; más no se achicaría. La habían criado para vencer cualquier obstáculo, y, tener un hijo, también podría ser un premio.

En esas idas y venidas de su mente, se debatió unos días, aguantando las náuseas que la mortificaban, encerrada en su mutismo, hasta que comprendió que debía actuar; y pronto.

Entonces, en un fuerte impulso, caminó hasta *Notre Dame*, se sentó en un banco frente a la Virgen; no pudo arrodillarse, -no lo hacía desde niña- y conversó con ella como si fuera otra mujer. Frente a frente y sin tapujos. Muchos años hacía que cultivaba dudas sobre la religión; no le iban los rituales pomposos de misas o novenas, pero en este momento de temor, necesitaba consuelo. Hurgaba en sus adentros buscando algún resquicio de la fe perdida.

Los ojos vidriados de la Inmaculada no le dijeron nada. Salió, casi como había llegado, sólo con la firme convicción de que su hijo nacería en La Pampa y ella le daría todo el amor del que era capaz su corazón. Con Juan Carlos a su lado, o sin él.

Al llegar a su casa, y tratando de evitar emociones más fuertes de las que estaba viviendo, llamó a Juan Carlos y se despidió por teléfono.

- Es preferible no volver a vernos.
- No me hagas esto, Cecilia. ¡Te lo ruego!
- Comprendeme, no podría resistirlo, no quiero dañar al bebé.

Juan Carlos insistió, rogó, suplicó, pero ella se mostró inflexible. Albino, con su mujer, e Isabel, la ayudaban en los últimos apurados, equipaje, documentación, pasajes... Recoger los libros, quiso hacerlo ella misma. Estos amigos entrañables merecían un cuidado especial. Siempre había sido una lectora voraz, de las que leen a toda hora y en cualquier lugar, con la luz del sol, sacándose los ojos con una lamparita tenue o en los galopes de trenes o autobuses. Todos o cada uno le recordaban a Juan Carlos, desde los que ordenadamente aguardaban en los estantes, hasta los que se apoyaban en columnas por cualquier rincón. Desde Borges o Cortázar hasta el amado Manuel Puig, reivindicado en las bibliotecas de Montreal en todos los idiomas, o aquellos tan releídos de Arlt, Tuñón o Marechal, que la acompañaron de tan lejos y a los que hojeaba cada vez que sentía añoranzas. ¡Había compartido tantos párrafos con Juan Carlos! Hasta creía estar sentada junto a él en ese momento. Se le estrujó una vez más su corazón.

Juan Carlos, en tanto, permanecía solo. Él y sus pensamientos. Estas horas angustiosas, este porvenir se le presentaba incierto, , podía recordar tantos malos tiempos, y aunque luchaba denodadamente para no caer en la autocompasión, muchos recuerdos, momentos, historias, volvía a vivirlas con la nitidez del ayer. Oía, desde aquel sótano, aquellas largas caravanas de

camiones portando piedras, se les conocía por el rugir de los motores desde la carretera; suponía que no estaba lejos, aunque lo hubieran llevado atado y con una venda en los ojos, presentía que estaba cerca de Olavarría.

¿Por qué? ¿Por qué su país había quedado en tinieblas? ¿Por qué tantos debieron sufrir persecución, cárcel o exilio? ¿Por qué hoy andaban seres por el mundo sin animarse a volver? Un aliento avinagrado, de rabia, lo envolvió. Se preguntaba -¿Qué ha quedado de mí? Recordó los años que siguieron a su libertad, cuando debió acostumbrarse a dormir con la luz encendida para amortiguar esa angustia, que lo enredaba como una madeja de hilos siniestros.

Recordó sus miedos. Aquellos miedos de la niñez, y le provocaron nostalgia. Esos miedos como cuando lo mandaban al patio de noche, aguardar la bicicleta, por ejemplo, y sentir cómo se movían las copas de los árboles que él imaginaba como seres con grandes ojos que lo miraban en la oscuridad. O aquellas manchas de humedad en la pared, fantasmales, que le provocaban pánico porque creía ver animales, brujos o monstruos; y los otros miedos, los que llegarían más tarde, los que ya no eran fantasmales sino insoportablemente reales.

Recordaba cómo aquellos inquisidores le exigían nombres, delaciones; debía aportar las señas de otros “subversivos”, que él ni siquiera soñaba. Gemía, temblaba. Cada ruido lo sobresaltaba. Jamás había descendido a tanta indignidad. Recordaba también los largos corredores, donde en mesas alguien asentaba cada una de sus palabras, con una minuciosa legalidad, todo pulcramente organizado, cuyo recuerdo perduraría en el corazón de Juan Carlos y seguramente en el de los miles que como él sobrevivían por el mundo, impedidos de disfrutar hasta de la felicidad de tener a su lado a la mujer amada y un hijo de su sangre.

Caminó de ida y vuelta por la sala, sin saber qué hacer, se apoyó de espaldas a la pared y aspiró la fragancia del sahumerio -que encendió ex profeso para tener a su amada más presente aún- y cuyo olor dulzón le acarrea vivencias que desgarraban su alma.

Miró el cuarto con atención como si cada objeto fuera recién descubierto, el sillón mil veces compartido, aquel jarrón que Cecilia colmaba de flores cuando venía y junto a la ventana el reloj de pared con números romanos, que compraron en una venta de garaje y que en ese momento marcaba la 1:05. Se percató de que en una hora el avión de Cecilia despegaría y un impulso de ventarrón lo agitó, espantó la poca calma que le quedaba, tomó la campera de abrigo, calzó las botas de nieve y poniéndose gorro y guantes, bajó por la escalera.

Aunque Cecilia se lo había prohibido, quiso verla por última vez. Hacía ya más de una semana que no estaba con ella y la añoraba con todos sus sentidos. Le dolía como llaga viva aquel adiós de fugitivo. En el trayecto reacomodó su apariencia, tratando de ocultar los trastornos del cuerpo y del alma. Miraba por la ventanilla mientras el chofer del taxi conducía con precaución por las calles nevadas. “Justo ahora -pensaba Juan Carlos- cuando ya los barrios no me son extranjeros, ahora que reconozco los negocios, algún balcón, las escaleras de hierro de la cuadra, precisamente ahora se va, cuando había empezado a llegar, no sólo al departamento, a veces hasta creo que “a casa”, o a un simulacro de casa. Si hasta había recuperado la risa, perdida durante años; luego, sonreía por cortesía, por amabilidad o por no parecer estúpido ante alguna risa franca y ya hace un tiempo, bueno, desde Cecilia para acá, que he vuelto a reír con frecuencia”. Recién ahora lo notaba, ahora, que justamente tenía ganas de cualquier cosa, menos de reírse, con ese exilio interno que ya se le había encallecido. A pesar de todo, trató de llegar con la dignidad intacta.

Cecilia lo vio a lo lejos; casi no lo reconoció, con esa palidez, esas ojeras de insomne, y el aspecto de desorden en el rostro, no parecía su Juan Carlos, al que, después de largos meses de arduo trabajo, estaba volviendo a la vida. Este Juan Carlos traía consigo una tristeza de perro apaleado.

No pudo reprenderlo por haber venido, pero la situación se puso incómoda, los amigos hablaban de cualquier cosa, sonreían sin motivo, hasta que de a uno se fueron aflojando y las lágrimas confundidas bañaban los rostros. La muchacha fue despidiéndose de Albino y Carmen, deseándoles una vida feliz; de Isabel, agradeciéndole su generosa compañía; de Yolande, que había viajado desde Abitibí sólo para estrecharla en sus brazos. Todos prometían volverse a ver. Todos sabían que lo más probable era que ésa sería la última vez.

Dejó a Juan Carlos para el final, cuando por el parlante hacían la última llamada para el vuelo. Los amigos se retiraron prudentemente, sonando sus narices enrojecidas; Cecilia se empinó para envolver a su hombre en un enorme abrazo, que le permitió comprobar cuánto había crecido su vientre desde la última vez y cuán desamparado se veía Juan Carlos a la hora de los adioses. Tomó sus manos entre las suyas y las apoyó tiernamente en su panza, donde el bebé, presintiendo que lloraban por él, se movía desesperadamente. Ese temblor traspasó la ropa hasta sacudir la piel de su padre, le recorrió la palma de las manos, la yema de los dedos. Se miraron profunda y largamente, sin hablar, sabiendo los dos, cuáles serían los próximos pasos a seguir.

Juan Carlos recobró la templanza perdida y alcanzó a decir adiós con la mano a Cecilia, antes de que la puerta del avión, se tragara su última imagen.

FIN